

Meditaciones sobre la Vida Oculta

Por Geoffrey Hodson

© 1937

The Theosophical Publishing House, Adyar, India

Este material, proporcionado en su versión original por la Biblioteca Upasika, fue redactado por el Departamento de Educación de la Sociedad Teosófica en América.

Redacción: Eulalia M. Díaz

PRÓLOGO

El Sr. Hodson está en lo cierto cuando dice que su obra no es un libro de texto. Dudo que pueda haber un libro de texto sobre Ocultismo, excepto hasta un punto definitivamente limitado, pues si bien hay indudablemente ciertos principios fundamentales que quienes lo desean pueden leer, tales principios no son sino los cimientos llanos para aquel estudio y experiencia que son absolutamente individuales tanto para el Instructor como para el discípulo. Ningún verdadero ocultista soñaría con escribir un libro para describir tal estudio y experiencia, pues sabría muy bien el daño irreparable que resultaría inevitablemente de hacer tal cosa.

El Sr. Hodson, en sus reflexiones “Sobre la Vida Oculta”, busca presentar ciertos de estos principios fundamentales que él ha aprendido de sus instructores. No podría él hacer más que esto en un libro que está disponible al público, aunque en estos días de curiosidad desenfadada, y en que se cree que uno no tiene sino que viajar al Oriente para entrar profundamente en las verdades del Ocultismo, encontramos a ignorantes que publican en periódicos métodos de supuestas prácticas de Yoga y retazos de ciencias ocultas.

La verdadera Yoga, el verdadero Ocultismo, siempre es para los pocos solamente, para los que han buscado a sus instructores a través de muchos largos años de prueba y tribulación, y han practicado cada detalle de aquel compendio espléndido de principios ocultos dado por la máxima ocultista de la era, H. P. Blavatsky, que dice:

“Vida limpia, mente abierta, corazón puro, intelecto despierto, percepción espiritual sin velos, afecto fraternal hacia todos, presteza para dar y recibir consejo e instrucción, leal sentimiento del deber hacia el instructor, obediencia voluntaria a los mandatos de la verdad, una vez que hemos puesto nuestra confianza en el Instructor y creemos que él la posee, valeroso ánimo para soportar las injusticias personales, enérgica declaración de principios, valiente defensa de quienes son injustamente atacados, y mirada siempre fija en el ideal del progreso y la perfección humana que nos revela la Ciencia Sagrada — tal es la Escala de Oro, por cuyos peldaños el aprendiz puede ascender hasta el Templo de la Sabiduría Divina”.

Esta es en verdad la Escala de Oro por cuyos peldaños el aprendiz debe ascender para mostrarse digno de ser iniciado en las glorias de la eterna Ciencia del Vivir.

En estos días tales ideales bien pueden ser llamados un consejo de perfección, pues hay muy pocos dispuestos siquiera a comenzar a poner a

prueba sus vidas diarias a la luz de una norma tan alta. Y así, puesto que algo con la verosimilitud del Ocultismo se necesita para satisfacer paladares cansados de las inutilidades notorias de las filosofías actuales, se tornan ávidamente como revelaciones de Yoga las superficialidades de ciertas posturas corporales y maneras de respirar, y transmutaciones de ideas temporales en sus contrapartes eternas. Y así el niño juega con sus juguetes.

Afortunadamente el Sr. Hodson nos hace tomar conciencia y nos muestra el arduo trabajo práctico que necesita hacerse en el curso de nuestras vidas cotidianas, si queremos comenzar a andar la senda del Ocultismo. Nos muestra con claridad que podemos empezar a ser ocultistas dondequiera que estemos y cualquiera que sea nuestra ocupación, aunque parezca que estamos inmersos en las trivialidades y aun en la sordidez de la vida material. Nos dice que el hombre de negocios es tan capaz de hollar la senda del Ocultismo como el eremita, y que debemos cumplir con el mundo si queremos conquistarlo — cuya conquista es el triunfo del yogui.

Antes de que podamos soñar con estudiar Ocultismo como tal, debemos ingresar al jardín de la infancia donde se le explica al aprendiz ávido la índole de la vida limpia y sencilla, el verdadero Orden, Ley y Propósito de la Vida, y las Verdades básicas de la Existencia. Un yogui es un defensor de la Ley, un agente de la Ley, un mensajero de la Ley, pues por medio de la Yoga ha aprendido a incorporar la Ley. Primero debe entonces tener una idea de la naturaleza de la Ley, no como pueda presentársela en las convenciones del día, sino como es, y con la ayuda de aquellos que son iniciados de la ley.

El comienzo, el camino, y el final, son en verdad duros. Pero no vale la pena poseer algo que no se haya alcanzado a un alto precio, y esto es cierto especialmente en el caso de las glorias del Ocultismo. Solamente los que saben perseverar, los que no pueden ser vencidos por las dificultades y derrotas, los que no consideran ningún obstáculo como insuperable, ni ningún sacrificio como demasiado costoso, ni ningún rigor como insoportable, son dignos de comenzar su entrada al recinto externo del Ocultismo. Cuando estén listos para el recinto interno, tendrán que haberse convertido en atletas espirituales, conocedores de la Sabiduría que todo lo penetra, y desinteresados administradores del poder de la Ley eterna.

George S. Arundale

PREFACIO DEL AUTOR

Este libro no se publica como un libro de texto que ofrezca exposiciones completas sobre su tema. Consiste en una colección de ideas que surgieron en la mente del autor mientras intentaba comprobar ciertas enseñanzas ocultas.

Como lo sugiere el título, el método de estos intentos fue el de la meditación en la que enfocaba la atención sobre cosas fundamentales de la ciencia oculta en un esfuerzo por trasladarlas a la experiencia. El autor no tiene pretensiones ocultas, especialmente de aquellas que podrían inferirse de sus alusiones al discipulado y a la iniciación. Por la meditación y la aspiración puede adquirirse conocimiento sobre etapas de evolución que están en el futuro. En realidad el aspirante trata deliberadamente de visualizar el sendero que tiene ante sí, y de adquirir conocimiento previo de las alturas que espera ascender más adelante.

En el caso del autor, cualquier realización interna que obtuvo le vino con alguna frecuencia acompañada de un torrente de ideas iluminadoras. Ofrece este libro a la luz pública con la esperanza de que sirva como un punto de partida a otros para viajes similares de descubrimientos.

Índice

Prólogo	iii
Prefacio del Autor	v
1. El Sendero de la Victoria Acelerada	1
2. El Cerebro y el Cuerpo	3
3. El Templo de la Naturaleza	9
4. La Vida y la Forma	15
5. El Sendero de la Liberación	19
6. La Voluntad del Maestro	21
7. La Naturaleza del Adeptado	25
8. La Gran Fraternidad Blanca	27
9. La Vida del Discípulo	33
10. El Discipulado	39
11. La Perfección Imperfecta	45
12. El Valor de la Meditación	51
13. El Discípulo Aceptado	55
14. La Vida Consagrada	61
15. El Macrocosmo en el Microcosmo	65
16. El Fragmento y el Conjunto	69
17. La Victoria	73
18. Dios Geometriza	77
19. De Hombre a Superhombre	81
20. Los Ángeles y los Adeptos	85
L'Envoi Paz y Belleza	88

CAPÍTULO I

EL SENDERO DE LA VICTORIA ACELERADA. LA VIDA ESPIRITUALIZADA. EL DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD.

Puesto que el hombre es un ser consciente de sí mismo, posee el poder de someterse a un proceso de acelerar su propia vivificación espiritual. Puede apresurar el logro de su meta por la aplicación deliberada e intensificada de los principios que gobiernan el crecimiento normal.

Ese proceso consiste en la acentuación repetida y continua de cuanto hay de espiritual en sus pensamientos, sentimientos, motivos y conducta, y en la eliminación de todo cuanto se oponga al ideal espiritual en esos cuatro aspectos de su vida personal. Esto implica establecer un sistema de continua observación y corrección de sí mismo, en lo mental y lo emocional.

Un sistema tal de maduración personal causa al principio una intensificación de conflictos internos en el neófito. Todo cuanto hay de material en su índole, se resiste al proceso de espiritualización y trata de escaparse de su control mental. La clave del éxito está, pues, en el control de la mente, y el aspirante debe encaminar todas sus energías a ese logro. Hará bien en no hacer caso de los impulsos e incitaciones de su naturaleza emocional y de su cuerpo, hasta donde ello le sea posible, y concentrarse en la subyugación de su mente.

El hombre como personalidad es en primer lugar un pensador. El poder de dirigir conscientemente el pensamiento es la piedra angular de su existencia material y lo que lo diferencia del animal. La mente es su arma más efectiva, su atalaya más adecuada, y su influencia directiva más potente. La mente es el puesto clave que hay que ocupar y mantener durante todo el conflicto.

El dominio de la mente exige retirar la conciencia de la emoción y de la acción, hacia el intelecto, hasta que se desarrolle la capacidad de la percepción mental pura. El interés en la vida debe hacerse cada vez más intelectual y espiritual, con la emoción sublimada y controlada. El trabajo, el estudio y el recreo deben intelectualizarse y espiritualizarse hasta que el neófito aprenda a vivir en el pensamiento, a regir y gobernar su vida por medio del intelecto. Como resultado, su vida personal se volverá refinada y purificada. Su conducta será austera, y su conversación y porte, dignos y moderados. Sin embargo seguirá siendo cordial, amistoso y dispuesto a servir a su prójimo, especialmente en la dirección del sendero de la victoria acelerada.

Estos métodos generales de auto-espiritualización deberán ir acompañados de la práctica sistemática de ejercicios espirituales destinados a establecer el foco de la conciencia en la mente superior, y a fortalecer y sostener el dominio mental de la conducta, y también a desarrollar la capacidad de pensar en abstracto. Más adelante, debe desarrollarse la conciencia intuitiva como preparación para alcanzar la más elevada auto-realización, la de la voluntad espiritual.

Los ejercicios necesarios consisten en el estudio interior de las verdades eternas por medio de la meditación y la contemplación. Algunas de tales verdades se exponen en capítulos posteriores de esta obra.

Estas y otras verdades aparecen como la base de las religiones del mundo y el neófito deberá estudiarlas. La mente y la intuición deben aplicarse en el estudio de inspiradoras enseñanzas exotéricas, a fin de poder percibir su significado esotérico. De este ejercicio cosechará un creciente conjunto de verdades espirituales que metódicamente deberá proceder a convertir en realidad para sí mismo. Debe desarrollarse como un conocedor de la verdad.

Esto se logra con la experimentación, una técnica que varía en cada individuo. El método para destilar la sabiduría presente en las escrituras de las diferentes religiones, consiste en tomar una declaración de una verdad y ponderar sobre ella hasta reducirla a lo esencial. Luego se considera esa esencia en profunda meditación, hasta captar su significado completo y descubrir su aplicación a la vida.

Esto exige esfuerzo mental, forzar la mente a escudriñar con firme concentración el tema escogido con la intención de penetrar en él. El éxito es posible porque la verdad está representada en la conciencia de cada hombre, y el neófito está capacitado, en virtud de llevar en sí mismo la verdad que busca, para percibirla en el tema de su meditación. Por el estudio de las expresiones externas de la verdad, llega al descubrimiento de la verdad dentro de sí mismo.

CAPÍTULO II

EL CEREBRO Y EL CUERPO.
EL SUEÑO, ALIMENTO PURO.
UNA VIDA DIARIA ORDENADA.
LA PUREZA FÍSICA ES NECESARIA
PARA EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL.
LA MEDITACIÓN.
LAS GLANDULAS PINEAL Y PITUITARIA.

Puesto que el cerebro desempeña un papel imprescindible en la percepción de la verdad durante la conciencia de vigilia, el neófito debe entender tanto el mecanismo como la evolución del cerebro. Las meditaciones mencionadas en el capítulo anterior, realizadas con perseverancia, cambiarán gradualmente la condición del cerebro. Tanto la actividad celular como el campo de respuesta vibratoria aumentan; hay una vivificación de los átomos constituyentes, porque la fuerza concentrada del pensamiento los impele a manifestar la fuerza, la potencia, la vida y la inteligencia de los niveles superiores de conciencia. (De acuerdo con la ciencia oculta, los átomos evolucionan, y esta evolución se acelera como resultado de la forma en que el hombre los utiliza. Véanse los libros *Química Oculta*, de A. Besant y C. W. Leadbeater, y *Un Estudio sobre la Conciencia*, de A. Besant.

El cerebro completo queda sometido al esfuerzo de meditar sobre verdades abstractas y espirituales, y el neófito debe tener cuidado de no dañarlo en su entusiasmo. Un ligero dolor o pesadez en la cabeza es una advertencia de que el esfuerzo está llegando a un punto peligroso donde puede causar un daño permanentemente. Ante tal señal, la meditación debe interrumpirse o hacerse de otra manera. La forma que produjo el dolor debe examinarse y experimentarse, con cuidado extremo, y la ausencia de dolor es un indicio de que el ejercicio es seguro.

El adiestramiento del cerebro del neófito espiritual debe volverse prácticamente continuo durante la conciencia de la vigilia. Si se relaja mucho el control, si se desciende demasiado al pensamiento material y rutinario, no sólo se retarda el proceso de vivificación del cerebro y se hacen casi improductivos los esfuerzos de la meditación, sino que se ejerce influencia en la dirección opuesta. El rango de respuesta vibratoria disminuye y la rotación de los átomos se torna más lenta.

El cerebro debe contemplarse como un instrumento delicado y sumamente valioso, el cual como resultado de su contacto con las labores del mundo, continuamente se embota y por consiguiente hay que estarlo activando siempre. Esto se logra con la meditación, el control del pensamiento, evitar deliberadamente los pensamientos que disminuyan la percepción espiritual, vivir una vida ordenada y tranquila, con una alimentación correcta. Todos los alimentos de carnes ensucian la sangre y embotan el cerebro. También aumentan la tendencia a tener pensamientos y sentimientos burdos. Las frutas y los vegetales frescos, especialmente los que no requieren cocción, purifican el torrente sanguíneo y vitalizan el cuerpo y el cerebro.

Los aspirantes occidentales que emprenden la práctica de la meditación con regularidad y seriedad, requieren el complemento del sueño completo. Durante las horas de sueño, el cerebro se recupera de la tensión de las actividades cotidianas, y de esta forma responde mejor a los resultados de la meditación. Por lo tanto, durante el proceso de despertamiento se necesita mucho descanso, especialmente durante las primeras etapas, y es aconsejable retirarse temprano a dormir. Los estimulantes, utilizados para ayudar al sistema nervioso cansado a continuar funcionando, son perjudiciales. El sistema y el orden en la vida diaria hacen innecesario su uso.

Las actividades diarias deben tener un propósito determinado y estar organizadas de modo tal que tengan relación directa con la finalidad que se persigue, del auto-descubrimiento y la iluminación personal. Las acciones que no conduzcan a ese fin deben eliminarse.

El medio ambiente puede que al principio le impida al neófito llenar estas condiciones, pero a medida que progrese, su ambiente cambiará o se adaptará a sus necesidades espirituales. El proceso podrá parecer lento, pero será seguro y en proporción exacta a la tasa de transformación del estudiante mismo. El medio ambiente de un individuo contiene todo cuanto exige su educación evolutiva. El hombre que está despertando a lo espiritual y que está entrando rápidamente a un más íntimo afinamiento con la vida, encontrará que su ambiente cambia con rapidez, y las condiciones de su vida reflejarán con creciente fidelidad el estado de su conciencia y los cambios que en ella ocurren.

La instrucción referente al cerebro se aplica también a todo el cuerpo. Se le debe mantener también limpio por dentro y por fuera, resguardando y purificando su magnetismo con un baño frecuente y regular, muda frecuente de ropas, y vida pura y natural aun en medio de circunstancias impuras y no naturales. Las manos y los pies son las partes del cuerpo más susceptibles a las impurezas magnéticas externas. Son, como si dijéramos, orificios magnéticos,

entradas y salidas del sistema magnético del cuerpo. Una corriente de magnetismo y bendición puede ser dirigida a voluntad por medio de las manos cuando estrechamos la mano a otra persona. Los saludos de un ocultista deben ser sinceros y expresarse con una intención positiva. La sinceridad y el ser positivos son dos de las mayores salvaguardas en la vida oculta.

Al cerebro se le puede considerar como el macrocosmos, y al cuerpo como el microcosmos, pues en cada célula del cuerpo está representada la vida cerebral, está manifestada la conciencia cerebral, y está expresándose la energía cerebral. A la inversa, todas las funciones, acciones y experiencias del cuerpo, se reflejan en el cerebro por intermedio de los sentidos. La impureza del cuerpo, ya sea en la conducta o en la persona, tiene una influencia de retardo en el proceso de vivificar el cerebro, y embota su agudeza. Aparte de su función como órgano específico de la inteligencia, el cerebro es el asiento de la conciencia egoica; es el logos físico del sistema solar corporal, y entre estos dos hay una continua interacción. De ahí la necesidad de mantener una escrupulosa atención a la pureza y el bienestar del cuerpo.

Las prácticas ocultas, o cualesquiera otras que obliguen al cuerpo a funcionar en condiciones anormales, que aumenten o disminuyan la sensibilidad de órganos o miembros específicos, producen efectos adversos tanto sobre el cuerpo como sobre el cerebro. La armonía, el ritmo, el sosiego, el equilibrio y la gracia, son las cualidades en que el neófito debe adiestrar su cuerpo.

Con el cerebro sensibilizado de esta manera y el cuerpo así adiestrado, queda preparado el camino para el descenso y la manifestación física de la conciencia egoica. La luz del entendimiento superior comienza a iluminar la oscuridad del intelecto personal, el cuerpo mental trasciende sus características de inflexibilidad, análisis, crítica y aislamiento, y éstas son remplazadas por la amplitud mental, el juicio constructivo y la unificación.

Este cambio en el cuerpo mental es también de importancia para el desarrollo del cerebro, pues las condiciones del uno se reflejan en el otro. El cerebro y el centro intelectual en el cuerpo mental pueden considerarse como los focos gemelos de la elipse de la conciencia personal; negativo y positivo, respectivamente. Los cambios en uno aparecen instantáneamente en el otro. La perfección de uno de ellos es imposible sin la de ambos. En la locura, o en la muerte, la vida mental es en gran parte subjetiva por carecer del polo negativo.

La senda hacia una mayor iluminación intelectual pasa del cerebro al cuerpo mental, de allí a la conciencia egoica, y prosigue, más allá a través de la intuición hasta la voluntad espiritual. De allí, en el Adepto, sale de la esfera individual a la universal, en la cual sigue la misma dirección hacia la conciencia cósmica. La tarea

para el neófito cuyo cuerpo, cerebro y mente están recibiendo la mejor atención que puede prestarles, es la de establecer para sí una medida de conciencia egoica que crezca firmemente en alcance y permanencia. Debe elevar su mente continuamente al campo de los principios, adquirir el hábito de elevar todas sus actividades intelectuales al nivel de la mente superior, y resistirse a toda tendencia al avasallamiento de la mente por las circunstancias.

La meditación sobre las verdades eternas, por sí sola, no llevará al éxito; debe complementarse fijando la mente de modo firme y cada vez más en la conciencia superior durante los períodos entre las meditaciones. La actitud del neófito hacia un acto que involucre sus emociones, la decidirá íntegramente el efecto de éstas sobre dicho empeño. Las emociones que distraen la mente y excitan el cuerpo siempre deben evitarse. Las que proveen un modo de auto-expresión más pleno y libre, tales como el amor puro, la devoción, la simpatía, y la respuesta a la belleza, deben desarrollarse a su máxima expresión hasta que ellas solas constituyan la vida emocional, en el sitial que les otorga la voluntad operando por medio de la inteligencia.

El cerebro, con sus partes y órganos específicos, también desempeña en este logro un papel imprescindible. El cerebro es la morada del Ser individual del hombre encarnado; es el santuario interno del templo del cuerpo. Todas sus células están impregnadas con el aspecto inteligencia del Ser individual. Cada molécula está cargada con la energía de ese Ser, cuya vibración o frecuencia es la del pensamiento. La presencia de los otros dos aspectos del triple Ser depende de esta cualidad del cerebro para dar alma al pensamiento. De ahí que el cerebro humano sea un vehículo para la auto-conciencia individual despertada, correspondiendo sus divisiones a las facetas de la joya de la inteligencia, a las diversas cualidades de la mente concreta y abstracta.

Las glándulas pineal y pituitaria, en el interior del cerebro, son los focos por cuyo medio aparece originalmente la manifestación de la conciencia individual. Desde ellos se extiende la conciencia por todo el cerebro como olas de energía cuya frecuencia varía según la índole del pensamiento. En el hombre normal, la actividad pineal consiste en el pensamiento concreto, extendiéndose ocasionalmente a lo abstracto, mientras que la glándula pituitaria transmite las emociones, con ocasionales atisbos de la intuición.

En el hombre desarrollado, la intuición pasa a través de la inteligencia y es interpretada por ella, llegando al cerebro por la vía de la glándula pineal. Al desarrollarse la intuición, el pensamiento concreto se relega gradualmente al subconsciente, donde se une con la emoción para llegar al cerebro por vía de la glándula pituitaria.

El desarrollo de la conciencia va acompañado de un paralelo desarrollo orgánico del cerebro, que incluye un aumento en el alcance de la sensibilidad vibratoria de ambas glándulas. Sus polaridades positivas y negativas se acentúan debido a su acrecentada capacidad como receptoras y transmisoras, y así se establece entre ellas una cooperación, lo que en términos de electricidad llamaríamos un campo magnético. El tercer ventrículo del cerebro queda incluido en este campo, completando la constitución de un mecanismo tripartita para la manifestación del triple Ser por medio del cerebro.

Una apertura etérica embrionaria en la fontanela anterior, que en el hombre normal está llena de materia etérica, se despeja gradualmente por las irradiaciones de este mecanismo craneal. Este canal, una vez abierto, permite una relación nueva y directa entre el Ser superior y el cerebro, un atajo, como si dijéramos, entre la conciencia y el vehículo. El paso normal es a través de los vehículos mental, emocional y etérico. Las glándulas pituitaria y pineal sirven como estaciones de relevo que reciben, transmiten y modifican en cierto grado los mensajes durante el proceso. El ego del hombre desarrollado se manifiesta directamente en el cerebro por la vía de la fontanela y el tercer ventrículo.

CAPÍTULO III

LAS CUATRO TRÍADAS Y SUS CORRESPONDENCIAS. LAS SIETE NOTAS Y SUS EXPRESIONES. EL TEMPLO DE LA NATURALEZA.

Por los párrafos finales del capítulo anterior se habrá visto que el símbolo del triángulo se forma por los centros en el cerebro: el ápice en la fontanela anterior, y los ángulos básicos en las glándulas pineal y pituitaria. Este triángulo reproduce en la materia física de la cabeza, tres tríadas suprafísicas todas las cuales reflejan la triple naturaleza de lo Supremo. Estas tres tríadas suprafísicas son:

1. Los principios mental, emocional y vital;
2. La inteligencia, la intuición y la voluntad, y,
3. El Creador, el Preservador, y el Transformador; aspectos del Supremo reflejados en la Mónada Humana.

Estos tres triángulos, con el de los centros cerebrales, forman cuatro en total. Cada ángulo en los cuatro triángulos simboliza una manifestación de un mismo aspecto del Supremo, y a la vez, entre todos ellos hay, por correspondencia o por armonías, una relación íntima. De este modo lo superior se manifiesta en lo inferior, lo inmortal en lo mortal, la vida se manifiesta por medio de la forma, y la conciencia por medio del vehículo.

El cerebro es el portal por el cual la conciencia debe pasar desde su expresión ínfima hasta la más elevada. Cada uno de los tres triángulos suprafísicos es también un portal. Todos deben, pues, ser estudiados; cada principio del hombre debe ser entendido, y su relación recíproca debe conocerse.

Estos principios difieren en el hombre normal y en el hombre desarrollado. En el hombre normal, solamente el mínimo de energía necesaria para preservar la salud y eficiencia del cuerpo físico pasa entre las cuatro manifestaciones triples del Uno. Esta cantidad de energía va aumentando con el progreso evolutivo del individuo, y también de la raza, de modo que lo normal va cambiando en cada era sucesiva.

En el hombre desarrollado la cantidad de energía es muy superior, y la relación entre sus principios es más íntima y más manifiesta. En el hombre normal

escasamente se manifiesta la tríada superior, la monádica; la que sigue, la egoica, se manifiesta ligeramente; el hombre vive en la inferior y sabe muy poco de la existencia de su Ser superior. El hombre desarrollado comienza a incluir la inteligencia y la intuición en su conciencia de vigilia, y desarrolla gradualmente la voluntad espiritual. El nuevo campo de evolución que ahora se le abre a su conciencia se extiende e incluye estas tres funciones, y al fin comienzan a mostrarse sus poderes monádicos (que son los Tres Aspectos del Supremo, reflejados directamente), a medida que su cerebro desarrollado empieza a responder a la energía de ellos.

La expansión de la conciencia y el desarrollo del cerebro se consiguen por la práctica de la meditación a que ya se hizo referencia, y por el arte de la contemplación abstracta de las verdades supremas de la Naturaleza.

La contemplación consiste primero en fijar la mente sobre un aspecto de la verdad eterna, un atributo de la Divinidad. Entrenada por el ejercicio de la meditación, la mente del hombre desarrollado se ha vuelto firme y capaz de fijarse sobre una sola idea con exclusión de todo lo demás. Cuando la idea que se escoge es una de las verdades eternas que son potencias inagotables, la conciencia se eleva automáticamente y se expande por contacto con ella. El esfuerzo mental cesa entonces; la mente se aquieta. El neófito entra consciente en un mundo de una idea, un universo unimotivado, donde da y oye solamente una nota en la cuerda de la existencia. Entonces escucha esa nota, y al escucharla se convierte en la nota, su tono y resonancia.

El universo es séptuple. Siete son sus cuerdas y cada nota representa a la vez un modo de manifestación del Supremo y una verdad eterna. El estudiante, al contemplar cada una de las siete, se identifica con una séptima parte del total y funde su conciencia en ella. Golpea una tras otra las siete notas, escucha en meditación cada una, y se absorbe en cada una de ellas. Finalmente por medio de cada una se convierte en la totalidad, en el hombre séptuple que es conscientemente uno con el universo séptuple. Esta es la finalidad de la contemplación. Las siete notas se describen diferentemente.

La *primera* y la *séptima* son el Alpha y la Omega de la vida manifestada; lo primero y lo último, el centro y la circunferencia que todo lo contiene. La primera es la fuente primordial, el punto, la fuerza positiva del universo. Dentro de ella está la luz del sol cósmico enfocada por la lente de la mente extra-universal. En el universo es poder; en el Logos es omnipotencia; en el hombre es voluntad. Por la contemplación, estas tres cosas se reconocen como una sola. En la contemplación hasta el punto puede conocerse, y desde el punto y por medio de él, la mente

extra-universal y la fuente cósmica, pues Aquello que está dentro y Aquello que está fuera son uno. El comprender esa unidad es la meta.

La séptima nota es la primera en su expresión final. Poder en acción; voluntad en movimiento; omnipotencia manifestada. El centro relativamente estático se ha convertido en la esfera activa, pero los dos son una sola cosa. Dentro del universo, la séptima es el material físico, el sol, los globos, y todas las cosas que evolucionan sobre ellos. En el Logos es el universo. En el hombre es el cuerpo físico. En la manifestación, la Unidad Espiritual se ha convertido en la multiplicidad material. Puesto que el conocimiento de los muchos conduce al conocimiento del Uno, se ha puesto al hombre en medio de las múltiples expresiones del Uno a fin de que por su medio encuentre y conozca al Uno solo. Desde el Uno sigue adelante, inconscientemente de todo excepto el Uno, hacia lo mucho. Desde lo mucho regresa auto-conscientemente hasta el Uno.

La *segunda* y la *sexta* notas, que representan respectivamente la Vida y su expresión, también van aparejadas. La Vida es omnipenetrante, omnipresente, el principio unificador del universo, el Sol Espiritual. Su expresión se localiza como el principio vital en la materia, el principio revitalizador en la Naturaleza y el sol físico. En el universo, la segunda nota es Vida; en el Logos, omnipresencia; en el hombre es amor, y en el hombre desarrollado o espiritual es sabiduría.

La sexta nota en el universo es forma, figura, materia organizada. En el Logos es Su cuerpo universal con su corazón ígneo, el Sol, cuyo principio dador de vida se asemeja a un fuego rosáceo y, en la tierra, como un átomo que resplandece con una luz rosácea. En el hombre es la concentración; en el hombre desarrollado, la devoción inspiradora.

La *tercera* y la *quinta* notas también representan atributos complementarios. La tercera es la relación entre el espíritu y la materia, o la vida y la forma; los principios que gobiernan la manifestación del espíritu y de la vida por medio de la materia y las formas; los arquetipos de todas las formas resultantes: la Verdad y las claves del conocimiento; todo esto está indicado por la tercera nota.

En el universo, la tercera nota es energía dirigida por la mente universal; la energía es la expresión externa, y la mente universal la interna. En el Logos es el principio femenino pasivo, la matriz donde se conciben todas las formas y de donde emanan. En el hombre es conciencia e idealismo, moralidad y verdad; en el hombre desarrollado es comprensión e inteligencia abstracta.

La quinta nota es la expresión temporal de aquello que es sempiterno, la forma de un arquetipo que progresivamente se desarrolla. En el universo es el proceso evolutivo, crecimiento. En el Logos es el Tiempo. En el hombre es el

cerebro y la inteligencia analítica; en el hombre desarrollado se convierte como en un lente de cristal a través del cual se proyectan como rayos los principios de la tercera nota enfocándose en el cerebro como iluminación, genio e inspiración.

La *cuarta* nota es la unidad central, el centro de rotación, el punto de apoyo, el lugar de descanso, el punto más bajo en la carrera del péndulo de la vida entre los tres pares de opuestos primordiales. Es el estado de relación perfecta, de equilibrio, del más alto arte de auto-expresión, de armonía entre vida y forma, entre vehículo y conciencia. Es el punto de descanso en el cual el péndulo de la vida manifestada hace una pausa aparente en su sempiterna oscilación entre el espíritu y la materia. En esa “pausa momentánea” de estabilidad final, de equilibrio perfecto, la belleza del Supremo se revela.

En el universo es la belleza de la Natura. En el Logos es el Ser de la Belleza. En el hombre se convierte en el amor a lo bello. En el hombre desarrollado es la facultad de percibir y mostrar la belleza del Supremo.

El carácter esencial de la cuarta nota es la oscuridad, quietud, equilibrio, como en la noche creadora que precede al otro creador. La germinación física, mental o espiritual requiere el manto protector de la oscuridad. Así también en la producción de una obra de arte, el artista retira su conciencia de la luz del día a la oscuridad de la noche creadora dentro de sí, a la quietud equilibrada en la que concibe su creación. El artista creador en cualquier rama debe haber alcanzado el equilibrio. Esta es la ley de la creación, ya sea en el universo, en un sistema solar, en un planeta, en el hombre, o en las obras humanas de arte.

En esta quietud se logra la verdadera visión o penetración sin la cual todo arte carece de vida. Solamente cuando el artista la ha encontrado y ha entrado en ella, el fuego del genio descenderá sobre él con toda su potencia pentecostal.

Sabio en verdad es quien por medio de la contemplación conoce y entiende este séptuple universo —las siete grandes notas, separadamente y como un acorde. Las conoce como las siete llaves de la vida que abren todas las puertas de la Verdad —de esa Verdad que está entronizada dentro del templo de la Naturaleza.

El hombre está a mitad de camino entre la creación bruta y la voluntad creadora; es un embajador del Creador ante los reinos subhumanos de la Naturaleza. La tarea del hombre es levantar las formas inferiores hasta su propio nivel. Aquello que está oculto en el templo de la Naturaleza, está revelado en el hombre, los atributos séptuples de la Naturaleza deben alcanzar en el hombre su más elevado desarrollo. El hombre debe manifestar la majestad y poderío de Ella, Su unidad, Su mente oculta, Su belleza y estabilidad, Su ciencia secreta, Su

irresistible impulso hacia la perfección propia, y Su respuesta por medio de la forma al poder del Ser interno. Las cualidades de la Naturaleza deben llegar a ser suyas, en perfección cada vez mayor, pues ese es el camino evolutivo a lo largo del cual Ella está siempre guiándole.

CAPÍTULO IV

LA VIDA Y LA FORMA. EL CAMINO ASCENDENTE. HERMANOS MAYORES Y MENORES.

Puesto que en la Naturaleza la forma está subordinada a la vida, así debe llegar a estarlo en el hombre. El hombre debe vivir desde adentro de sí mismo, buscando el cumplimiento o realización de la vida más bien que la perpetuación de la forma.

La forma es la servidora de la vida, pero en el mundo, la vida se ha hecho sierva de la forma. La vida, no obstante, está destinada a triunfar completamente, y la forma, por fuerte que sea, debe ser dominada al fin. Esta derrota causa pena a los que han puesto su confianza en la forma sola. Pero para quien ha aprendido a confiar en la vida, no existe pena, pues ha encontrado el secreto de la felicidad. Identificado con la vida y confiado en ella, comparte su libertad, conoce su felicidad. El dolor pertenece a la forma; el sufrimiento es inevitable a los que están bajo su dominio, pues la forma, siendo transitoria, tendrá que desvanecerse inevitablemente: siendo mortal habrá de perecer algún día. La vida es sempiterna, inmortal; quienes ponen su confianza en ella conquistarán la muerte y alcanzarán ventura eterna.

Sin embargo, vida y forma no son en realidad contrarias, sino dos aspectos gemelos del Uno de donde ambas proceden. Por la experiencia y comprensión de ambas, el hombre encuentra su camino hacia el Uno. Esta proeza es la finalidad de la vida humana.

Vida y forma son las dos columnas del pórtico que conduce a la morada del Supremo Uno. Entre las dos pasa el Camino que todos los pies deberán hollar. Hasta los Dioses más elevados lo han hollado —aquellas Siete Elevadas Inteligencias en quienes se manifiestan perfectamente las siete notas o modalidades. Hasta el Supremo Uno conoció sus goces y rigores muchísimo tiempo ha, en universos que ahora están convertidos en polvo.

Bestias salvajes, hombres cultos y civilizados, genios, profetas, santos y venerables hombres, se apiñan en la senda que lleva a la vida eterna, acercándose cada vez más al portal de liberación de los pares de opuestos, que es la meta. Más allá de ese portal están los “hombres justos hechos perfectos”, los Adeptos, los Reyes Espirituales, en la morada del Supremo. A estos grandes Seres también

puede encontrárseles en la senda, por haber regresado voluntariamente a vivir en una forma a fin de ayudar, de curar, de guiar y de inspirar a la humanidad que lucha, a Sus hermanos menores.

Aunque Ellos se mueven entre la multitud que lentamente asciende, rara vez son vistos por los hombres; pues los ojos humanos, acostumbrados a las diferencias y divisiones de la manifestación, son ciegos a la luz de Aquellos que moran en la unidad. No obstante, perciben a estos Grandes Seres, quienes han empezado a reconocer la unidad entre la diversidad, la vida dentro de la forma, y a vivir conforme a esta visión. Los Perfectos Seres están siempre buscando a personas en quienes comience a despuntar esta visión, que estén esforzándose por hollar este Sendero y que, por lo tanto, estén dispuestas para recibir la ayuda de Ellos.

En la era actual abundan hombres de mentalidad espiritual que, convirtiéndose en servidores de su raza, se acercan a los Hermanos Mayores. En esta era el velo entre el mundo externo de la forma y el mundo interno de la Vida va haciéndose cada vez más fino. Hombres y mujeres iluminados comienzan a traspasar ese velo y a entrar al mundo de la vida. Los Perfectos Seres toman nota de estas incursiones, y bendicen e inspiran a sus hermanos menores que se acercan al mundo interno donde Ellos moran.

El privilegio de asociarse a los Hombres Perfectos ha estado siempre al alcance de quienes son capaces de percibir la unidad de todo cuanto vive, la Fraternidad Universal como un hecho y que, por consiguiente, viven sus vidas conforme a esa verdad.

A todos los que buscan la compañía de Ellos y anhelan servir a la humanidad bajo Sus órdenes, los Hermanos Mayores les dicen: “¡Levantaos! ¡Despertad, y convertíos en los Dioses que sois! Vivid como Dioses, puros, sin egoísmo, y fuertes.

“Ese Dios que sois en el mundo real, brilla allí con pureza inmaculada, irradiando un amor no egoísta, y comienza a mostrar esa fuerza promisoría de omnipotencia.

“En medio de la impureza del mundo, sed puros; en medio del egoísmo de la humanidad, servid; y en medio de la debilidad del hombre, sed fuertes.

“Viviendo así, encontraréis el portal hacia la Vida Eterna. Sirviendo así, nos encontraréis a Nosotros que vivimos para servir. Siendo fuertes así, recibiréis Nuestra fortaleza, de Nosotros que nos hemos convertido en Columnas del templo del Dios omnipotente.

“Ya estéis despiertos o dormidos, Nuestro poder fluirá por medio de vosotros para servicio del mundo. En Nuestro Nombre y por Nuestro Poder os convertiréis en sanadores del mundo, en consoladores de sus aflicciones, y en inspiradores de quienes sean capaces de responder al ideal de la vida perfecta y a la presencia de los Hombres Perfectos.

“Vuestro mundo es vuestro campo de labranza, vuestros semejantes sus gavillas. Vuestra labor es reunirlos de modo tal que el Divino Agricultor que sembró, pueda cosechar no hombres sino Dioses.

“Vivid de modo que todos cuantos vean vuestras vidas aspiren a imitarlas. Servid para que quienes vean vuestro servicio quieran a su vez servir. Sed fuertes para que todos cuantos vean vuestra fortaleza conviertan la derrota en victoria.

“Tales son Nuestras reglas para vivir. Obedecedlas os traerá más cerca de Nosotros. Un Hermano Mayor espera a cada uno de vosotros para convertirlos en Salvadores del Mundo”.

CAPÍTULO V

EL SENDERO DE LA LIBERACIÓN. LA MAESTRÍA.

El mundo es una prisión, y el corazón del hombre es la celda donde su alma está prisionera. A través de los barrotes de las ventanas de los sentidos, el alma mira hacia el patio de la prisión anhelando escaparse. Para muchos no ha llegado aún la hora de su liberación, pues aunque rompieran los barrotes y se les franquearan las puertas, quedan todavía ceñudos carceleros cerrándoles el paso. El deseo, la pasión, la sensualidad, la codicia, la presunción, el egoísmo, el odio y el orgullo —esos son los carceleros. Son en verdad guardianes ceñudos, cuya existencia depende del aprisionamiento del alma. Por tanto se resisten fuertemente a ser destruidos. Combatirlos no hace más que aumentarles su fuerza, pues la atención que les presta el alma aprisionada es la fuente de su vitalidad.

El modo de escapar no consiste en pelear con estos guardianes. El Sendero hacia la liberación no es saliendo por las puertas de la prisión, las cuales se formaron y se cerraron cuando nos sometimos a las faltas y vicios del yo inferior. El Sendero nos aleja de los conflictos externos y nos lleva hacia la paz interna. El prisionero debe escaparse adentro. No debe seguir mirando hacia afuera a través de los barrotes de las ventanas de los sentidos, hacia el patio donde existen los obstáculos de su libertad; debe cesar de combatir sus vicios con ataques directos. Al contrario, debe retirar de ellos todo pensamiento, y concentrarse en las virtudes y poderes opuestos. De este modo encontrará el camino en su interior, y pasará a un reino de conciencia superior, donde se volverá milagrosamente libre.

Este camino se encuentra y se recorre practicando el auto-control, la pureza de vida, la aspiración, el idealismo y el propio sacrificio. En presencia de la pureza, el deseo muere. El amor puro destruye la pasión, supera todo mal y pone en libertad a aquellos en quienes nace. Tal es el modo de escapar de la prisión del mundo material, de la tortura de la tentación, de la esclavitud de la sensualidad, de las cadenas del odio y la codicia.

El camino está abierto para todos. Toda alma libre lo ha recorrido. Se le llama “el camino del filo de la navaja, el Sendero, el Camino Estrecho y Angosto, y pocos son los que lo encuentran”. Unos dos mil años han pasado desde que estas palabras fueron pronunciadas. Durante ese período la humanidad ha progresado. Muchos perciben ahora el camino hacia la liberación y, sin embargo, continúan aprisionados por la fuerza de la costumbre, sometidos voluntariamente al dominio

del deseo. Ciegos son los que no quieren ver, y mayor es su error que el de las almas más jóvenes que todavía no han despertado al clarín de la libertad.

Aunque muchas almas sienten ahora el descontento divino, todavía no comprenden su importancia y significado. Los hombres toman equivocadamente este anhelo inexpressable del hombre interno por un apetito sensual, un hambre física, y tratan de calmar su mordiente dolor, lanzándose más profundamente en los excesos. No saben reconocer en él una señal de que ya están trascendiendo los placeres que hasta entonces los han maniatado, los juguetes de su niñez como almas.

Han entrado a la adolescencia espiritual, que exige cambios radicales y positivos. El desenfreno debe ceder el campo al ascetismo prudente, y la sensualidad a la austeridad. Los motivos egoístas deben ser reemplazados por el altruismo y la filantropía. Así se entra de firme en la adolescencia espiritual. Así se encuentra y se avanza por el camino que conduce a la madurez espiritual.

Por este camino han pasado los Hombres Perfectos que son los Guías espirituales del mundo, los verdaderos Instructores de la raza humana. Perfectos son Ellos en voluntad, en amor, en conocimiento, y perfectamente manifiestan estos tres atributos del Supremo.

CAPÍTULO VI

LA VOLUNTAD DEL MAESTRO: SU AMOR, SU SABER, SU TRABAJO.

El poder irresistible de la voluntad de un Maestro nace de las profundidades más íntimas de Su ser, del centro mismo de Su existencia. Allí Él es uno con la Voluntad Suprema, el omnipenetrante Poder del universo. Ese poder fundamental inmanente es energía en reposo. Es el alma de la fuerza, no la fuerza misma, sino aquello por lo cual toda fuerza existe, un principio básico dentro del cual está contenido todo poder manifestado y expresado. Su cualidad es la quietud, la oscuridad, el silencio. Es el cimiento sobre el cual está construido el mundo material; es el agente estabilizador extremo y final en el universo, la original fuente inagotable de poder. Unido con él, el Adepto se convierte en encarnación de la voluntad.

Esta mismísima fuente existe en todo hombre y se puede encontrar con la meditación. El que quiera encontrar y hollar el sendero de la liberación, debe meditar sobre esta fuente de poder y fuerza en su interior. Contemplándola, descubrirá el poder y la fuerza, no como posesiones personales, sino como productos de la Fuente universal de poder. Entonces nacerá en él la Voluntad única, la energía maestra, el poder clave tanto del universo como del hombre.

El esplendor del amor de un Maestro está fundado en el hecho de la unidad de la vida. Es independiente del tiempo, no es afectado por el espacio, ni lo limita la forma. Es una expresión de un principio eterno, un atributo fundamental de la existencia. Es la unidad expresada perfectamente.

Tal amor no demanda esfuerzo, y es invariable, excepto que siempre se ahonda y siempre crece. Ni se da personalmente, ni se recibe personalmente; es. Mana continuamente de la naturaleza íntima del Maestro como una bendición divina sobre todo cuanto vive. Este amor no busca retribución, ella sería ajena a su índole. La luz solar no regresa al sol, el río no refluye hacia su fuente, ni las aguas de los manantiales vuelven a entrar a la fuente. El corazón del Maestro es como un sol, una fuente, un manantial de amor eterno. El mismo es como un río de amor que fluye desde la fuente íntima hacia el océano de la vida manifestada.

Su afecto evoca en sus devotos el mismo amor eterno. Él conecta al hombre amante con la fuente de vida y amor, que de allí en adelante fluye libremente y para siempre por medio de él.

El Maestro es uno con la Vida. No es un dador de Vida, pues tal cosa indicaría dualidad. El es Vida, y cada acto Suo es la expresión natural y perfecta de esa identidad. Casi podría decirse que el Maestro no tiene existencia que sea Suya, que como Ego ha cesado de ser excepto como núcleo de la célula universal, como protón del átomo cósmico. Él está identificado con la Vida, es de la esencia de la Vida, es más bien un principio en manifestación, no un individuo. Por lo tanto demuestra los atributos de la Vida en perfecta espontaneidad. El amor es Su índole, Su instinto, Su esencia misma. Él es y manifiesta todo amor.

La frase “Dios es Amor” es literalmente cierta, pues el amor es unidad en manifestación. La Unidad es un principio eterno, una verdad raíz y fundamental. El principio de la unidad, manifestado por medio de la inteligencia universal, se convierte en el amor universal. La unidad manifestándose a través de la mente del hombre es la base del amor humano verdadero. La unidad es una verdad espiritual, no material, pues en el campo de la materia la unidad se ha vuelto diversidad, que es su opuesto reflejado. El amor espiritual proviene de la unidad espiritual y no de la unión material.

El relato de la evolución del hombre puede escribirse en términos de amor. El hombre pasa del estado animal y salvaje de la unión y el deseo material, al estado relativamente civilizado en que la mente entra en la experiencia del amor. En esta etapa todavía existe la necesidad de la unión física. Más allá de ella está la etapa en que alborea la iluminación espiritual sobre la conciencia personal y se percibe un amor más hondo, pero todavía no se expresa plenamente. La necesidad de unión física disminuye, pero subsiste la necesidad de compañía. Más allá de este estado, está el del amor espiritual puro basado en el reconocimiento de la unidad, en un amor a la Vida misma.

Esta etapa final de amor perfecto se alcanza después de un *a-una-miento* completo con la vida. El individuo se convierte en una incorporación del principio de unidad. Ama todas las cosas desde el interior de ellas mismas, y experimenta continuamente la unión espiritual con ellas. Esto produce un éxtasis espiritual que, aunque individual, es totalmente impersonal y puro, y no exige ni contacto ni compañía, sino que en la soledad halla su plena experiencia.

Tal es la índole del amor del Maestro: una condición natural, no una acción; un estado de conciencia, no un acto; la experiencia continua de un éxtasis ininterrumpido, que crece en intensidad con el paso de los siglos y al acercarse el estado de unidad absoluta por encima del tiempo y del espacio. Es el estado en que mora el Logos del Sistema, pues ese es el amor de Dios, el Segundo Aspecto del Supremo, el Amor Absoluto.

Para el Maestro, el conocimiento que todo lo incluye no es una posesión individual. Para Él la individualidad ha llegado a reducirse a una película tan fina y tenue que permite una libre comunión con la Individualidad Única del universo, y tan elástica que todo lo incluye. Ni el conocimiento ni el vehículo mental del pensamiento son posesiones para Él, pues para Él no hay sino Un Conocimiento y una Mente Mayor. Él participa de ellos, y sabe que Él es parte de ellos.

Todo conocimiento está a la disposición de Él gracias a Su auto-unificación con todo. Las realizaciones espirituales y los triunfos ocultos de todos los seres que están en Su mismo nivel o en otro inferior, son Suyos completamente en virtud de esta unidad. El conocimiento más grande y más profundo de Quienes están por encima de Él en evolución, también está a Su disposición en la medida en que Él pueda elevarse a Su estado de conciencia y reproducir en sí mismo el afinamiento más sutil y refinado de Ellos con la Mente Universal.

Esta Inteligencia Mayor puede decirse que contiene o que consiste de estratos de conocimiento, y que las mentes individuales van penetrando a estratos más hondos a medida que la evolución prosigue. Cuanto más alto sea el estado de evolución del individuo, más profunda es su comprensión.

El conocimiento del Maestro incluye aquellos principios sobre los cuales está fundado el universo con todos sus multifacéticos fenómenos; aquellas verdades básicas que suministran las claves de todo conocimiento. El empleo de la clave correcta revela de inmediato el conocimiento requerido, y permite la comprensión casi instantánea de cualquier aspecto de la vida universal, ya sea tan diminuto como un átomo, una célula, o los infusorios, o tan vasto y grande como un planeta o un sol.

De este modo el Adepto tiene la clave del conocimiento completo de cualquier rama de la ciencia, y en este sentido es omnisciente. No es que posea todos los conocimientos y todas las verdades dentro de Su conciencia, sino que ellos están disponibles instantáneamente para Él, ya sea que estén temporalmente contenidos en la mente de un hombre como un nuevo descubrimiento científico o un nuevo principio en política o en arte, o que estén en aquella Mente más grande aún, en la que está contenido todo conocimiento del pasado, del presente y del futuro.

Las claves del conocimiento pueden considerarse como ecuaciones matemáticas fundamentales, expresiones de la ley natural, declaraciones abstractas de los principios geométricos sobre los cuales está establecido el universo, tales como la relación del diámetro a la circunferencia del círculo. Sin embargo, no son meramente ecuaciones o fórmulas matemáticas o algebraicas. Son ecuaciones vitales que son ciertas para toda etapa de crecimiento, que se aplican igualmente a la semilla y a toda la planta y el fruto, a la célula germinal y al

organismo completo. Son expresiones de la verdad eterna y por lo tanto están más allá, pero incluyen todo cambio y revelan no solamente principio, madurez, y fin, sino también totalidad.

Como consecuencia de poseer las claves y el poder de usarlas, el Adepto ha alcanzado la omnipresencia. Esto implica Su capacidad de enfocar Su atención en diferentes partes del sistema solar a voluntad. De este modo puede hacer observaciones directas en relación con cualquier asunto sobre el cual busque conocimiento detallado. Además, por haber alcanzado la unidad, Él es literalmente uno con la Fuente de la existencia y la vida en todas las cosas; por consiguiente, puede complementar el conocimiento adquirido mediante la observación externa, con la comprensión revelada desde adentro.

El conocimiento del Maestro, por lo tanto, es completo; incluye la comprensión de todos los fenómenos externos y la percepción de los ocultos procesos de la vida, los recursos del crecimiento. Es el Científico Maestro, el dechado de todo buscador de la verdad. Lo que Él ha hecho, lo hará el científico de mañana, pues si bien el progreso de los principales científicos de ahora es grande, en realidad apenas han escurrido la superficie en física y astronomía, en química y biología, en fisiología y psicología, en la verdad tal como la conoce el Adepto.

El Adepto comparte con todos los seres vivientes Sus proezas, poniendo a disposición de todos los seres Su poder, Su amor y Su sabiduría. Su trabajo consiste, en parte, en traducir lo universal a lo particular, en traer el Poder, la Sabiduría y el Conocimiento del Supremo a una relación cada vez más íntima con los reinos de la Naturaleza inferiores a Él en evolución.

En términos de energía, cada Adepto es un transformador de energía libre y un distribuidor de ella al mundo en estado condicionado. Este trabajo lo ejecuta en niveles de conciencia superiores al mental. Cada uno de los tres tipos de energía divina, que se manifiestan como poder, sabiduría y conocimiento, tiene su nivel apropiado de conciencia en el cual se hace contacto con él en su estado puro y desde allí se retransmite a los mundos inferiores.

CAPÍTULO VII

LA NATURALEZA DEL ADEPTADO.

El Adepto vive auto-conscientemente en un estado de intemporalidad. No está condicionado y, por tanto, es libre. Si así lo escoge, puede hundirse en el relativo olvido de la eternidad dejando atrás el tiempo y las cosas temporales. Con desear el universo donde ha conquistado Su libertad, puede volver a entrar auto-conscientemente al estado incondicionado de donde inconscientemente salió.

Si bien el hombre hecho perfecto es libre de escoger tal curso, es tan grande Su compasión por el mundo y tan íntima Su unidad con todo cuanto vive que, deteniéndose en el umbral de la eternidad con inconcebible felicidad a Su alcance, se refrena de entrar. Renunciando a los frutos de la victoria, Él, que ha aprendido a vivir en la eternidad, se somete voluntariamente a ser prisionero del tiempo. Sabe que por esta renunciación, por compartir la prisión de la humanidad, Él, que sabe el modo de escapar de ella, es capaz de llevar a todos los seres más cerca de su meta. En Su nacimiento espiritual renunció a todos los poderes y posesiones, y ahora, en la tarde de Su nacimiento a la eternidad, renuncia a Su ingreso inmediato a la vida eterna.

El Adepto que de esta manera renuncia voluntariamente, comparte y alivia los sufrimientos del mundo. Se queda para derramar luz sobre las tinieblas de los mundos temporales, para despertar las soñolientas almas de los hombres, para dar la bienvenida a los despertantes neófitos espirituales y para guiarlos por la senda de la paz eterna.

Ahora que Él está más allá del dolor, puede aliviarlo; más allá de la enfermedad, puede curarla; más allá de la ignorancia, puede dispersarla; más allá del karma o de la operación de la ley de causa y efecto, puede compartir el karma de otros para de este modo aligerar su carga. Más allá de la necesidad de actuar, Él se ocupa en la actividad impersonalmente como un agente consciente de la Voluntad del Supremo. Permanece condicionado por Su propio albedrío, renunciando a la libertad del estado incondicionado. Es una célula germinal de vida eterna en el cuerpo de la humanidad aprisionada por el tiempo. De esta manera ocupa Su lugar en medio de Sus Hermanos emancipados en la Orden de los Guardianes del Globo.

Que el Adepto esté encarnado o no depende de la índole de Su trabajo. Si es necesario un contacto frecuente con la tierra y sus habitantes, Él mantendrá un

cuerpo perfecto, oculto en su retiro. Si Su trabajo es extra-planetario o se relaciona especialmente con las Tríadas espirituales, con los Principios inmortales que subyacen en todas las cosas vivientes, entonces no usará un cuerpo físico sino un vehículo suprafísico especialmente creado. Habiendo adquirido dominio sobre la muerte, trascendido la necesidad de renacer, alcanzado el equilibrio perfecto, y libre de karma, está libre para vivir y trabajar con o sin cuerpo físico.

Si usa un cuerpo físico, la forma de éste expresará Su estatura espiritual a la perfección. Será perfecto en fortaleza, belleza, y eficiencia. Y el estar encarnado no reducirá en ninguna medida Su actividad suprafísica. Ha asumido voluntariamente un cuerpo, y voluntariamente puede dejarlo a un lado. El espacio ya no le limita, ni el tiempo le aprisiona. En sus vehículos más sutiles está libre para moverse a voluntad por todos los campos solares. Morando en aquella duración que une el tiempo a la eternidad, y habiendo trascendido la operación de la ley de causa y efecto, su vida cotidiana está libre de tensión y cuidados. Por lo tanto, Su vehículo físico da pocas señales del paso de los siglos.

Requiere comer y dormir mucho menos que el hombre normal. Su conocimiento de las leyes y principios que gobiernan la manifestación de la vida en la forma, y su comprensión plena de la triple expresión de la vida a través de la forma (absorción, asimilación y exoneración, o nacimiento, madurez y envejecimiento) le permiten conservar durante largos períodos una madurez corporal perfecta.

Aunque esté ocupado en el cumplimiento de tareas diarias que se haya asignado, tuyas propias o pertenecientes a la Fraternidad de Adeptos de la cual Él es miembro, su conciencia no está por ello limitada. Tiene conciencia cabal simultáneamente en todo el quíntuple Universo, desde el plano físico hasta el espiritual o Nirvánico. De este modo, mora continuamente en el poder Nirvánico, que es omnipotencia, en la gloria Búdica, o sea, en el plano de la Conciencia Crística, fuente de sabiduría e intuición, que es omnipresencia, y en unión mental con la Mente Única, que es omnisciencia. Estos atributos del Supremo los manifiesta de manera perfecta por medio de Su conducta física, Sus sentimientos, y Sus pensamientos, respectivamente, pues en Él las tríadas superiores e inferiores están unificadas, como se representa simbólicamente por los triángulos entrelazados.

Tal es, en parte, un Adepto viviente. Ellos constituyen el Gobierno Interno del Mundo, y por lo tanto, Él todo lo sabe, todo lo puede, y todo lo conoce.

CAPÍTULO VIII

LA GRAN FRATERNIDAD BLANCA. SU SÉXTUPLE TRABAJO. LA LABOR DE LOS MAESTROS. SU VIDA DIARIA Y SU ACTIVIDAD.

Los tres poderes complementarios inherentes en toda la creación, alcanzan un alto grado de expresión auto-consciente en y por medio del Adepto. Todavía más perfecta y más potente es su expresión en y por medio de la Unidad de la Gran Fraternidad Blanca, de la cual el Adepto es parte. En esencia este grupo es una unidad, la célula germinal espiritual de la humanidad en conjunto. En esta gloriosa compañía de los Adeptos, los tres atributos mayores se manifiestan a través de siete permutaciones.

Esta jerarquía Oculta, lo mismo que el universo y el hombre, es una septena. Cada uno de los siete aspectos opera directamente sobre su correspondiente nivel de conciencia desde el más elevado o plano espiritual hasta el físico. Cada uno también se expresa por medio de un tipo de actividad correspondiente a una de las siete corrientes de fuerza (los siete Rayos) que fluyen de la Fuente central de Poder y Vida y Luz. Sin embargo, la Fraternidad en conjunto es una unidad una expresión de la Voluntad, la Sabiduría y la Inteligencia Única.

Cuando la Mónada humana, la unidad espiritual, la chispa divina, desciende hacia la humanidad física, la conciencia grupal subhumana precede a la auto-conciencia humana. La inteligencia encarnada en los reinos mineral, vegetal y humano, no es individual, sino colectiva. En el mundo mineral existen grupos, cada uno de los cuales es una conciencia casi individual en la cual están mezclados muchos tipos de metales y piedras de acuerdo con su rayo. Esta agrupación no tiene nada que ver con la localización geográfica, pues la encarnación física de una conciencia grupal puede ocurrir en partes del globo muy separadas.

En el reino vegetal las divisiones se hacen más claramente marcadas, y en el animal todavía más, pues éste va aproximándose a la etapa de verdadera individualidad. Por medio de la asociación con la humanidad, el animal doméstico trasciende el sistema grupal y alcanza la individualidad o egoidad. Cada ego humano es la manifestación de una "porción" individualizada de la Conciencia Espiritual Mayor Única del universo; es un microcosmos auto-existente.

En el reino humano esa auto-existencia va perfeccionándose lentamente hasta que el hombre se convierte en un Adepto. Entonces renuncia a Su existencia

separada, y voluntariamente regresa a la conciencia grupal. Sin embargo, esta renuncia no implica pérdida alguna de individualidad, pues, paradójicamente, la fusión con el todo intensifica la auto-existencia de la parte.

El Adepto es a la vez Uno solo y el Uno Solo. Es uno con toda vida, uno con toda forma, con el río y el océano con las orillas del río y el lecho del océano; es uno con la fuente y uno con la meta y, sin embargo, Él mismo permanece. Es la apoteosis tanto de la conciencia grupal como de la individual.

En forma similar, aunque cada Adepto en un planeta es individual, la Fraternidad de Adeptos constituye una sola conciencia. La unidad planetaria de Adeptos es una manifestación de la unidad mayor que es la Fraternidad de Adeptos del Sistema Solar reflejada microcósmicamente en la Fraternidad terrestre.

La Gran Fraternidad Blanca sobre la tierra también está iluminada por un Sol, que es el mayor de todos Sus Adeptos, Su Fuente de Poder, de Vida y de Luz, en todo lo relacionado con Su existencia y actividad como grupo o unidad. Dentro del conjunto de la Fraternidad hay Adeptos de varios grados, tal como en el Sistema Solar hay planetas en varios grados de evolución y de distancia del sol.

Cada uno de los siete estados de conciencia está reflejado en la Fraternidad, no sólo en y por medio de cada Adepto individual que entra y domina cada estado, sino en el conjunto de la gran Compañía por medio de Sus siete divisiones y departamentos de actividad. Cada departamento está presidido por un Adepto que es el Señor del tipo de conciencia y el Director de su manifestación.

La Fraternidad incluye así Señores de la Voluntad o del Poder, Agentes directos de la Voluntad Espiritual del universo que se manifiesta predominantemente por medio del Gobernante Supremo de la vida planetaria, el Rey espiritual. Estos Señores del Poder despiertan la Voluntad espiritual dentro de cada forma, y mezclando y modificando los tipos en los cuatro reinos ayudan a la Naturaleza a producir la forma perfecta.

Los señores de la Intuición despiertan la sabiduría o conciencia intuitiva en todas las cosas vivientes, y perfeccionan su expresión en el hombre mediante la vivificación espiritual y la inculcación de ideales éticos y espirituales. Esta función alcanza su apoteosis en el Gran Instructor Mundial, quien en sucesivas épocas aparece entre los hombres como un Salvador del Mundo y Fundador de religiones.

Los Señores del Intelecto despiertan la mente abstracta sintética en el hombre, preparándola como un cáliz para recibir el Vino de la Vida Una del Supremo. Al recibirse ese precioso Vino, se despierta y se desarrolla el poder de la percepción

intuitiva. Las líneas ascendentes que forman el cáliz simbolizan la aspiración del alma y la unificación de todos los aspectos de la conciencia personal, mientras que la copa representa el producto de esa fusión. La meditación, la adoración y la aspiración son las fuerzas que elevan el cáliz, como símbolo de la naturaleza humana ofrecida a la Divinidad. La respuesta es infalible, y gradualmente, aun en esta misma época, el cáliz del intelecto humano se está llenando con el Vino de la Vida Una, y, en consecuencia, el nuevo poder de percepción interna conocido como intuición se está desarrollando. Externamente los Señores del Intelecto ayudan en el desarrollo de la mente sintética, inspiran en el hombre el desarrollo de la cultura, de la fraternidad y de la paz.

Los Señores de la Belleza ayudan a construir entre el intelecto concreto y el abstracto el puente que une al hombre material y mortal con el inmortal Ser Espiritual, individual y racialmente. El hombre de la Quinta Raza, o sea, de la Aria con todas sus ramificaciones, debe cruzar ese puente a voluntad en plena conciencia y aprender a funcionar en la mente abstracta sintética. De este modo los Señores de la Belleza ayudan a la manifestación de lo espiritual por medio de lo material, fundiendo las dos cosas en una.

Ellos alimentan en el alma del hombre toda aspiración hacia la belleza, inspiran al artista y artífice, para que la vida y la civilización humana se hagan cada vez más bellas.

Los señores de la Mente Concreta despiertan y ensanchan la mente del hombre, inspirando al investigador a descubrir nuevos hechos y principios en ciencia, y al inventor a aplicarlos para el adelanto de la civilización. El científico, inspirado por los Señores del Conocimiento, es el modelador del pensamiento de la humanidad en esta era; en cooperación con el artista será el constructor de civilizaciones en la era por venir.

Los Señores del Idealismo encienden y cuidan las hogueras de entusiasmo en los corazones de los reformadores. Mantienen viva la llama mística, la sed de unión del devoto. Por medio de la visión y la iluminación llevan al santo a la videncia, y al vidente a la unión con Dios.

Los señores de la Acción preservan a través de las edades el poder, la sabiduría, la belleza, el conocimiento y el idealismo de los Antiguos Misterios. Preparan el campo para restaurar algún día sus rituales al mundo como representaciones dramáticas, expresiones simbólicas y alegóricas de la verdad eterna. Forman un vínculo entre la suprema voluntad espiritual y su vehículo más denso, el cuerpo físico, e inspiran su expresión en actividad ordenada, con precisión y gracia. Conducen a la humanidad hacia el desarrollo de un orden político y social perfecto.

De este modo, cada uno de los Señores de la séptuple manifestación funciona por medio de una actividad interna y otra externa. Cada uno vivifica la vida y también modela la forma: despierta la conciencia y la ayuda a manifestarse. La Gran Fraternidad Blanca cumple pues una doble tarea: trabaja sobre la conciencia que está en toda forma, ayudándola a desenvolverse mediante la inspiración interna, y también modela y embellece la forma mediante la influencia externa. Desde la infancia de la humanidad en los lejanísimos días de la Lemuria, la Gran Fraternidad Blanca ha estado sirviendo así a la Divinidad tanto en la Naturaleza como en el hombre. Y así continuará haciéndolo durante miles de siglos hasta cumplir su tarea al acabarse los días de este mundo.

A la humanidad no se le niega el privilegio de participación consciente en ciertas de las múltiples actividades de la Fraternidad de Adeptos. Todos los fieles servidores de la raza son colaboradores de Ellos, aunque no se den cuenta de que están siéndolo.

Hoy como siempre está abierto el camino de comunicación con Ellos, y todo hombre puede encontrarlo y hollarlo si así lo desea. El mejor modo de encontrar este camino es compartir este trabajo, servir como Ellos sirven, renunciar al yo y al egoísmo como Ellos lo han hecho, y vivir para hacer la Voluntad del Supremo, como viven Ellos. De este modo el hombre puede acercarse a los Maestros y así puede el individuo llegar a los pies de su Maestro.

En la Presencia de su Maestro, el neófito encuentra el ideal para toda la humanidad, el Hombre Perfecto. En el Adepto percibe a perfección los atributos de los siete Señores, y verá brillar a través de todos Ellos las cualidades especiales de su propio rayo o temperamento, que son las que, por poseerlas mutuamente, acercan entre sí al Maestro y al neófito.

De modo que si el Maestro es un Señor de Amor, el divino Amor estará encarnado en Él, y la divina Compasión morará en Él y se revelará en cada una de sus miradas, palabras y actos. Y al mismo tiempo, puesto que es un Hombre Perfecto, es también un Señor de la Voluntad, capaz de manifestar la omnipotencia divina. Es también Maestro en filosofía, en ciencia, en arte, y es un idealista, pero puesto que es Señor de Amor, estos otros poderes estarán irradiados por esa cualidad especial.

De manera similar, un Señor de la Voluntad es la fuerza personificada, el valor, la realeza, la majestad. Y al mismo tiempo, los otros atributos, Amor, Comprensión, Belleza, Conocimiento, Idealismo y Actividad Ordenada, han alcanzado su más alta expresión en Él.

La conciencia del Adepto mora en los ámbitos Nirvánicos, donde no rigen ni el tiempo ni el espacio. Desde tan encumbrado nivel, como desde el punto más alto de un faro, el Adepto derrama continuamente su luz sobre el mundo para guiar a sus hermanos menores en el tormentoso mar de la vida. Esta luz brilla firmemente y su radiación crece con el paso de los siglos.

El Adepto se encuentra, pues, activamente ocupado en todos los siete planos de conciencia, resplandeciendo y sirviendo en cada uno, dejando fluir libremente Su poder donde más se necesite. Solamente unos pocos escogidos le visitan físicamente en su retiro. Le ven como un hombre culto y espiritual de gran belleza de rostro y cuerpo, semejante a un Cristo, de porte real y suprema dignidad. Los Adeptos viven en montañas lejanas o esconden sus moradas de los ojos humanos por medio del poder oculto. Algunos de ellos viven en las cordilleras del Himalaya o trans-Himaláicas. Otros residen en el Monte Líbano, en las cumbres de Transilvania y en las Colinas del Nilgiri. Aunque los miembros de la Gran Fraternidad Blanca viven separados, están unidos en conciencia actuando como una sola unidad en todo momento en perfecta coordinación y precisión.

El neófito, al llegar al hogar de un Adepto, puede encontrarlo ocupado en actividades físicas, en su correspondencia, en el manejo de sus asuntos físicos, leyendo en su biblioteca, dirigiéndose a grupos de discípulos, comiendo, durmiendo, o quizás tocando algún instrumento musical; o puede encontrarse en otro sitio, visitando a otros Adeptos. También puede encontrarlo en lo que podría asemejarse a un sueño profundo, sentado en su habitación, o en algún tranquilo rincón de su jardín, con su conciencia retirada al interior y libre en algún otro lugar de la tierra, quizás asistiendo a conferencias de la Fraternidad, o ejecutando los deberes suprafísicos de su cargo dentro de la Jerarquía Oculta.

El Adepto ejecuta sus actividades con perfecta gracia y facilidad, con un mínimo de esfuerzo y un máximo de eficiencia. Todo cuanto hace es perfecto. La atención a la vida física no mengua o perturba en lo más mínimo Su conciencia suprafísica y espiritual, pues Su cuerpo físico exige el mínimo de atención y dirección, adiestrado como está a la obediencia automática y perfecta. Tales son, en parte, los Adeptos vivientes y sus actividades individuales y coordinadas.

El poder de alcanzar este estado de perfección espiritual, que es omnipotencia, omnipresencia y omnisciencia, existe en todo hombre. Todos tenemos el germen de estas facultades, las cuales constituyen las realidades inherentes del Ser inmortal.

Durante su infancia espiritual, como salvaje en comunidades semi-civilizadas, el hombre no se da cuenta normalmente de que existen en él estas cualidades innatas. En la niñez espiritual del hombre civilizado, los triples poderes empiezan

a manifestarse en su vida diaria. Se desarrolla el sentido moral, se reconoce el deber, por lo menos como ideal si no en la práctica, y la voz de la conciencia comienza a hacerse oír. Durante el período de adolescencia espiritual, la luz de la belleza y la unidad y la fraternidad alborea sobre la conciencia humana. El hombre percibe y admira en otros las cualidades de idealismo y altruismo, y gradualmente las adopta como principios guías en su vida.

En esta etapa, la atención del Instructor se dirige hacia el individuo que está despertando espiritualmente. Este Gran Ser vivifica en él los atributos espirituales latentes y lo inspira a practicarlos en la vida. El Neófito, que por lo general no se da cuenta de esta ayuda, experimenta una ampliación de sus simpatías, una profundización de su cultura. El amor universal despierta en él, y se siente inspirado a expresarlo en el servicio al prójimo. Gradual y sutilmente, casi inconscientemente, los móviles personales y egoístas ceden el campo al ideal del bienestar del mundo, hasta que finalmente el servicio se convierte en la nota clave de su vida.

Entonces ha encontrado el "Sendero" y está listo para convertirse en discípulo del Maestro, y más adelante en miembro de las filas externas de la Gran Fraternidad Blanca.

CAPÍTULO IX

LA VIDA DEL DISCÍPULO. SU ACEPTACIÓN Y SU TAREA. OCULTISMO PARA OCCIDENTE. NEGOCIOS, ARTE Y EDUCACIÓN.

La entrada a la presencia del Instructor generalmente ocurre durante el sueño del cuerpo físico. El alma, entonces libre, es atraída por su afinidad espiritual a la presencia del Instructor. Se halla entonces frente a frente con aquel Hermano Mayor que lo ha estado observando y esperando hasta este momento, que ha “amado su alma peregrina”. En respuesta al llamado del Maestro para servir a Su lado y arrodillándose humildemente ante Él, el discípulo recibe la bendición de Uno que no sólo es un Instructor perfecto, sino también un Sacerdote perfecto. Se le previene entonces de pruebas que han de sobrevenirle; se le aconseja sobre cómo modelar su carácter, y se le instruye sobre las posibilidades espirituales que se derivan de esta primera experiencia.

Al despertar de su sueño, aunque no recuerde nada, estará consciente de un nuevo gozo y un nuevo poder en su vida. Condiscípulos más expertos le reconocerán y, si fuere necesario, se le informará físicamente sobre lo ocurrido internamente. De ahí en adelante, aunque siga viviendo en el mundo externo ya no pertenece totalmente a él. La vida y los mundos internos reclamarán cada vez más su interés y su atención.

La influencia de su Maestro obra ahora continuamente en derredor suyo, vivificando espiritualmente a muchos de quienes él trata en el mundo externo. Al obrar por mediación suya, eleva sus propias potencialidades espirituales y crea canales más amplios para la circulación del poder espiritual.

Muchas pruebas asaltan al neófito, pues ha de ser probado en el fuego de la vida. Sus atributos más altos y más bajos se manifiestan con creciente poderío. Los más altos, para que sirva con más eficiencia; los más bajos, para que se purifique encarándolos y superándolos. Puesto que la influencia del poder del Maestro estimula tanto las buenas como las malas cualidades, es necesario reducir a un mínimo las faltas antes de que el Maestro se atreva a someter al discípulo a semejante tensión. A menos que el alma sea fuerte y pura, el discípulo puede fracasar o verse demorado en su progreso durante muchas vidas.

La superación de la naturaleza inferior llega más tarde o más temprano, según la fuerza del alma y el progreso alcanzado en vidas anteriores. Entonces se le

vuelve a llevar a la presencia del Maestro que lo ha observado y guiado durante su período de prueba. Si el yo inferior ha perdido todo el poder de engañar y atar al superior; si el egoísmo ha cedido el campo al servicio y al amor; si la sensualidad ha sido reemplazada por la pureza; y el deseo, por la voluntad, entonces el Maestro atrae al alma así purificada dentro de Su propio corazón puro y perfecto, uniéndola temporalmente con Su Ser más íntimo.

En esa unidad más profunda y elevada, los que eran dos se hacen uno. El discípulo emerge de esa experiencia transfigurado temporalmente. El adepto en que ha de convertirse resplandece en él proféticamente. La perfección espiritual de su Maestro brilla en él, a la vez que las cualidades y características espirituales del discípulo se muestran en el Maestro.

Bendita unión, la más estrecha intimidad, el más profundo amor, felicidad maravillosa, es lo que el discípulo aceptado conoce en esa experiencia en la que para él no existen ni el tiempo, ni el espacio, ni la separatividad, y él es uno con la Vida misma y la reconoce como sempiterna, omnipenetrante, e indivisible.

De ahí en adelante, el discípulo aceptado trata de mantener continuamente en su conciencia vigílica la experiencia de unidad con su Maestro. Aprende a vivir más y más en el centro de su existencia que en la circunferencia. Descubre que la realización espiritual no puede sostenerse si la atención está continuamente enfocada en las cosas del mundo. Los sucesos externos de la vida, las cambiantes actividades de los hombres, representan todo lo contrario de la calma interior y el equilibrio de lo eterno que ahora aspira a alcanzar. Por lo tanto el discípulo debe retirarse continuamente de lo temporal, formar el hábito de resistirse a sus atracciones, y reducir su contacto con él al mínimo preciso para servir al mundo. De no hacerlo así estará constantemente distraído, su mente adquirirá el hábito de una actividad inquieta; y será incapaz de mantener firmemente su atención en las realidades de la vida interna. Si bien deberá apartarse de lo transitorio y afirmar su identidad con lo eterno, esto no debe impedir o reducir su eficiencia en el mundo externo. Debe ahora aprender a vivir de adentro hacia afuera, a perfeccionar la técnica del arte de estar en el mundo sin ser de él.

El moderno ocultismo occidental difiere a este respecto de la antigua yoga oriental. La posibilidad de retirarse físicamente es casi nula en Occidente, y se hace necesario vivir la vida oculta en medio de las distracciones y tentaciones del mundo externo. Para tener éxito en esto, es preciso adquirir el hábito de desprenderse del ambiente físico, formándose una actitud mental de creciente auto-identificación con las realidades del mundo interno. El neófito que no puede retirarse a una cueva o celda, debe ver el mundo como su propio *ashram* o celda de

ermitaño, y aprender a llevar la vida del ermitaño espiritualmente, mientras vive y trabaja en medio de los hombres.

En el momento actual, el mundo necesita enormemente la presencia y la influencia de hombres y mujeres inclinados hacia la espiritualidad. La tendencia hacia el egoísmo y el materialismo es aún fuerte, y son muy pocos los seres humanos que están hollando conscientemente el sendero ascendente. A estos pocos se les necesita como levadura influyente y, por lo tanto, han de vivir entre los hombres.

El pupilo debe considerarse, por lo tanto, como un centro de fuerza espiritual, como una célula germinal en el cuerpo de la humanidad. Debe mostrar esta actitud espiritual en toda su vida; tener un motivo espiritual y, por consiguiente, no egoísta en todos sus actos, y debe inculcar un comportamiento similar en los demás hasta donde le sea posible. Debe ser un agente activo y positivo, siempre alerta para darse cuenta y utilizar las oportunidades que se le presenten. Asimismo, debe ver a quiénes más, con su contacto personal, puede guiar hacia la vida espiritual. Pero debe trabajar impersonalmente, con una elevada nota espiritual en cuanto haga.

La vida oculta no es una ensoñación, ni una cuestión de meditación rutinaria. Consiste en ejercer continuamente poder e influencia en dirección hacia la fraternidad, la filantropía, el altruismo, el autocontrol, y la pureza. Es en realidad una vida de arduo e incesante trabajo. Aún la recreación misma debe tener un buen propósito, pues el discípulo ha de utilizar sus poderes espirituales de una forma positiva y continuada. Por ejemplo, cuando asiste a un concierto, a un teatro, o a una reunión social, el poder espiritual que exhale puede irradiar sobre las multitudes, vivificando y despertando su naturaleza superior. Las vidas de las personas pueden transformarse mediante el contacto personal con un discípulo, y al mismo tiempo él adquirirá aún más potencia como centro de poder espiritual, a medida que vive su vida dentro del discipulado.

El discípulo debe cuidar esmeradamente sus pensamientos en todo momento, porque afectan la conciencia de su Maestro. Esto es especialmente importante para quienes están ocupados en sus negocios, ya que esto exige concentrarse en cuestiones materiales. Los que no están así ocupados tienen una tarea aún más difícil, porque como sus actividades exigen menos concentración, sus mentes son más susceptibles a las corrientes mentales que les circundan, y tienden a reflejar en su conciencia la atmósfera mental trivial y a menudo desagradable de su ambiente. De ahí la necesidad de practicar constantemente el control del pensamiento.

El discípulo no debe interesarse en los asuntos menores del mundo sino de una manera desprendida. Conocer los acontecimientos diarios es útil porque le capacita para servir donde sea necesario, pero no debe dejarse absorber por el interés en ellos. La parte mayor de su conciencia debe estar fija en su Maestro, en su trabajo en bien del mundo, en sus ideales espirituales, y en su tarea de desarrollo del carácter. Debe capacitarse para mantenerse concentrado totalmente en cualquiera de estas cosas, resguardando continuamente su conciencia contra la intrusión de pensamientos impuros y mundanos. Su mente debe convertirse en un santuario dentro del templo de su personalidad y como tal debe mantenerla.

La actividad mercantil, correctamente usada, es un entrenamiento excelente para el ocultista. El pupilo que trabaja en el mundo de los negocios debe procurar la máxima eficiencia y exactitud en todas sus tareas. La vida espiritual exige exactitud mental y destreza física para tener éxito. El almacén y la oficina son campos de entrenamiento ideales donde pueden desarrollarse estas cualidades.

Las bellas artes ofrecen oportunidades igualmente valiosas. El discípulo que es artista debe tratar de adquirir regularidad y orden en su vida y en su trabajo. El llamado "temperamento del artista", que con frecuencia exhiben quienes aún no han aceptado definitivamente el ideal del Sendero, debe ser seriamente evitado por el discípulo. Ha de colocarse por encima de sus cambios de carácter y tratar de convertirse en la perfecta expresión del Gran Artista del Universo, quien continuamente está trabajando. El dominio mental y moral puede ser más difícil para el artista, pero a un discípulo del Maestro no puede disculpársele ninguna debilidad en estas direcciones. No solamente ha de ser su vida inmaculada y su mente ordenada y práctica, sino que debe descollar entre sus compañeros artistas como un ejemplo de la pureza del vivir y la devoción íntegra a los ideales más elevados de su arte.

La espiritualidad en el arte es una de las mayores necesidades de la época. La ciencia espiritualizada está apareciendo ya, y debe ser complementada por el arte espiritualizado. La vida real en la Naturaleza, las verdades espirituales, las verdades abstractas, las experiencias de la conciencia, la visión interna, y la apelación constante a todo lo más elevado de la humanidad, debe encontrar expresión en el arte de hoy y de mañana. El artista discípulo del Maestro está equipado de excelente manera para esta expresión, pues tiene constantemente a su disposición una ilimitada fuente de inspiración. El contacto con la conciencia de su Maestro, fortalecido continuamente por la meditación y el trabajo realizado en Su nombre, aviva el fuego del genio en el discípulo y abre los canales para que se exprese por medio de su cerebro y cuerpo.

Un discípulo que sea educador tiene magníficas oportunidades, pues gracias a su relación con su Maestro, quienes están a su cargo quedan en contacto directo con él. El continuo recogimiento en sí mismo, mientras está rodeado por los detalles de su trabajo, es el factor más importante que capacita al educador para vincular su escuela y sus educandos con la Gran Fraternidad Blanca, la cual tiene su departamento educativo y cuyos miembros buscan inspirar a todas las instituciones educacionales con idealismo espiritual. En esta labor puede desempeñar un papel importante y efectivo el discípulo que sea un educador. Adquiriendo el hábito de abstraerse mentalmente de la rutina de la vida escolar y abriendo su conciencia a la de su Maestro y a la de la Jerarquía, es inspirado a ejercer influencia en direcciones particulares. A través de los abiertos canales de su conciencia, la vida del Maestro y de la Gran Fraternidad fluye hacia los estudiantes y la escuela.

En su vida diaria, un discípulo de esta clase debe sobresalir claramente como un modelo de educadores de inclinaciones espirituales, como un idealista práctico en medio de sus colegas, como un dechado de vida limpia, sana y llena de fortaleza para los estudiantes. También deberá buscar entre los estudiantes a aquellos que tengan vínculos con la Gran Fraternidad y hacer amistad con ellos, de modo que más adelante ellos también sean inspirados y guiados a hollar el Sendero. Muchos egos así están encarnando actualmente, y será deber del discípulo educador guiarlos en la búsqueda del Maestro, a lo cual los impelirán más adelante sus propias experiencias anteriores.

Todos los discípulos del Maestro, cualquiera que sea su ocupación, deben estar vigilantes para identificar a quienes muestren aptitud para unirse a sus filas. Deben considerarse como cosechadores dentro de la Gran Fraternidad.

CAPÍTULO X

EL DISCIPULADO. LA VIDA MÍSTICA Y OCULTA DEL DISCÍPULO. LA VISIÓN DEL TODO.

El Discipulado tiene que ver principalmente con la evolución del ego. Marca el comienzo de un nuevo ciclo que alcanza su nadir en la primera gran Iniciación, cuando espiritualmente ocurre un nuevo nacimiento. El intervalo entre la entrada al Sendero probatorio y la primera Iniciación, corresponde al período gestatorio que precede al nacimiento físico. En la probación, el Maestro vivifica la “célula” búdica germinal en el cuerpo causal uniéndola al vehículo búdico, el cual a su vez es despertado lo suficiente como para responder a la influencia de la conciencia búdica universal. Esta influencia fluye o penetra en el vehículo búdico acelerando su evolución. También vivifica la “célula” búdica o la estrella del cuerpo causal, y de este modo abre al ego a la conciencia búdica. El ego a su vez trata de expresar los resultados de estos procesos en la personalidad, a través de la cual se enriquece más por las experiencias educadoras de la vida personal, que ahora vive con creciente intensidad y vívidamente.

El desarrollo de la conciencia búdica y su expresión activa deben ser, por tanto, la nota-clave en la vida del discípulo. Debe tratar de alcanzar una comprensión cada vez mayor de la Vida divina que mora en todas las formas, de la unidad de esa Vida, y de su propia identidad con ella. Esta comprensión se expresa a través de la mente como intuición; a través de las emociones, como una mayor capacidad para amar, y físicamente, como impersonalidad. Puesto que la Vida es una, las limitaciones y expresiones personales de esa Vida son de poca importancia. Como la mayoría de las dificultades de la vida humana surgen de la actitud personal, se va viendo con claridad creciente que la impersonalidad es el gran medio de superarlas.

El ego del discípulo se convierte así en un centro de crecimiento. El resultado de esta experiencia es una síntesis del desarrollo búdico superior y del desarrollo personal inferior. El cuerpo causal es la matriz donde se desarrolla el embrionario ser búdico o Iniciado. El nuevo nacimiento depende en gran medida de que exista armonía entre lo superior y lo inferior, entre el ideal y la conducta, entre la visión y la acción. El discípulo debe procurar vivir sus ideales, pues si fracasa se demora el nacimiento del “niño” búdico, o su desarrollo *ex utero* queda marcado por imperfecciones.

Debe esforzarse por unificar los aspectos de su conciencia y alcanzar redondez desde el nivel búdico hasta el físico. La acción, el sentimiento, el pensamiento, la realización y la inspiración, deben mezclarse armoniosamente, formando una unidad pentagonal, un conjunto sintético capaz de acción coordinada. Es importante lograr la conciencia egoica en el cerebro, y el discípulo debe trabajar para alcanzar la facultad de pensar y actuar cada vez más como ego y cada vez menos como personalidad. Sólo después de que se haya establecido firmemente en la conciencia egoica puede esperar adquirir la auto-realización búdica.

Más allá de Buddhi está Atma, el primer aspecto, la voluntad espiritual, el ápice del triángulo espiritual que reproduce en el hombre los Tres Aspectos de la Trinidad del Logos. A su debido tiempo hay que llegar allí y desarrollar el vehículo átomico. Esta es tarea del Iniciado en el nuevo ciclo que se abre después de la primera Iniciación. El vehículo búdico se convierte ahora en la matriz en donde se ha de desarrollar el embrión átomico para “nacer” posteriormente. Más Allá de Atma están los planos superiores de la Naturaleza, Anupadaka y Adi, que sucesivamente se convierten en matriz, embrión y recién nacido. A cada nacimiento, la morada de la conciencia se eleva un peldaño y el Adepto aprende a funcionar conscientemente en estos niveles y desde ellos, según va tomando otras Iniciaciones.

Tal es la montaña espiritual a cuyas faldas inferiores ha llegado el discípulo. Si triunfa, y eso depende enteramente de él, ascenderá gradualmente hasta la cima. Sus Mayores le inspirarán, guiarán y fortalecerán, pero el esfuerzo mismo del ascenso debe realizarlo él solo. El Maestro es como un compañero de viaje que, habiendo recorrido antes el camino, ofrece los resultados de Su experiencia a quienes le siguen.

Este ofrecimiento de los resultados de la experiencia no es enteramente un proceso externo. El Maestro ha logrado la plena conciencia de unidad con la Vida que está en toda forma, por lo tanto, sabe que es uno con la Vida del discípulo. Mediante la unidad e identificación de Su conciencia más elevada con la de su pupilo, puede ayudarlo desde adentro. Ello le permite al discípulo compartir y usar la conciencia y los triunfos de Él en la medida de su capacidad.

La relación entre Maestro y discípulo es, por lo tanto, dual. Consiste en una unión y comunión interna, y en una inspiración externa que guía e incluso modela la personalidad. La unión interna es continua desde el momento de la probación, y el pupilo debe traer a su conciencia vigílica la realización de la misma por medio de la meditación, en primer lugar, para que experimente la elevación y la inspiración de la unión con la conciencia del Maestro y, en segundo lugar, para que exprese más efectivamente el resultado de ello en su vida cotidiana.

La inspiración externa del Maestro y la utilización del discípulo como un canal también es un proceso dual. Se establece en el pupilo un continuo fluir de la vida del Maestro en términos de influencia búdica de compasión y amor, en la medida en que él sea consciente de su unidad con el Maestro y viva en la presencia de Él. Cuando llega la ocasión, también el Maestro, por medio del ego y la personalidad del discípulo, canaliza al mundo externo su poder, inspiración y bendición externamente aplicados. El discípulo perfecto es el que puede dar máxima respuesta a estas influencias, con un mínimo de resistencia a este proceso dual.

Después viene el gradual auto-establecimiento del discípulo en el sempiterno y omnipenetrante Poder Atmico que es el Nirvana, proceso que sólo se completa después del Adeptado. Para ayudarle en esto, el Maestro comparte con él Su propia vida Nirvánica en la medida en que el discípulo pueda entrar en ella. De este modo acerca aún más el ego a la Mónada, la chispa divina eterna. De ahí en adelante el discípulo medita desde el centro egoico, elevándose continuamente hacia la Mónada, con la cual busca la unión.

Durante esta fase del desarrollo, la conciencia superior del Maestro sirve como matriz para la de Su discípulo aceptado. Así como en la vida prenatal física la protección de la matriz de la madre y de sus cuerpos sutiles ayuda al ego a entrar en sus cuerpos en formación y adquirir conciencia gradualmente en ellos, así también el Maestro es como un padre espiritual dentro de cuya conciencia e influencia entra la Mónada y se hace consciente en los cuerpos búdico y causal en desarrollo. De este modo, incluyendo al discípulo dentro de Su conciencia al aceptarlo, el Maestro fructifica el germen de todas las cualidades espirituales y posibilita la experiencia de la conciencia monádica.

La etapa de la aceptación es, por consiguiente, de gran importancia en la evolución del individuo. El hecho de la unidad de toda vida y de toda conciencia, la hace también de gran importancia para la raza, pues el que avanza por el Sendero no se aparta de sus congéneres sino que se acerca más a la identificación con ellos. Toda experiencia espiritual de quienes están en el Sendero se refleja en cada ser humano en diversos grados, conforme a la capacidad de respuesta de cada uno. A cada expansión e iluminación, una luz resplandece por todo el mundo egoico iluminando a cada ego, como mismo la aurora ilumina las cumbres de una cordillera montañosa.

La mayoría de los egos humanos, aunque despiertos internamente, no han alcanzado aún la auto-conciencia egoica. Su respuesta a tal influencia vivificante es poca pero definida, y su logro de la auto-conciencia egoica se torna así cada vez más cercano.

A cada paso de avance en el Sendero, el neófito se hace más fuerte como ego, brilla con mayor luminosidad en los planos superiores, y desarrolla un mayor poder vivificante. El Adepto irradia con máxima potencia Su fuerza, luz, y amor sobre todas las cosas vivientes, humanas, subhumanas y angélicas. Su servicio a Sus discípulos es de carácter temporal, pero Su servicio a la Vida es sempiterno, parte de Su continuo ministerio hacia todo lo viviente.

Cuando todo el ser del discípulo se ha consagrado a servir al mundo y a su Maestro, su conciencia se convierte en la base desde la cual realiza todo su trabajo. El discípulo vive y trabaja dentro de la omnipresencia del Maestro, a quien puede comparársele con el Sol, con discípulos que giran a Su alrededor como globos, mantenidos y sostenidos dentro de sus órbitas mediante Su poder. El Maestro es el Dador de Vida, Luz y Poder, y ellos son manifestaciones imperfectas de la misma triplicidad, que están desarrollándose rápidamente bajo Su influencia hacia la perfección que Él ha logrado. Él, como Logos Solar; ellos, como logos planetarios y, en conjunto, como precursores del sistema solar que Él presidirá con la colaboración de ellos cuando Él alcance la estatura de un Dios Solar.

A medida que el neófito desarrolla bajo tales condiciones sus poderes espirituales y ocultos, disminuye la necesidad de acudir al ashram del Maestro. Sin embargo, el Maestro frecuentemente invita al discípulo. El visitante que tiene este privilegio experimenta una intensificación de todos sus poderes, particularmente el de su voluntad de vencer. La armonía entre Maestro y discípulo es por entonces perfecta, pues los cuerpos sutiles del discípulo quedan dentro del aura del Maestro. Tiene lugar una fusión espiritual, una unión de las dos individualidades, y puede decirse que el discípulo se convierte temporalmente en Adepto hasta donde le es posible. Su conciencia espiritual se ensancha al máximo. Su aura crece, resplandece y resplandece por el momento a semejanza de la del Maestro. En esta comunión íntima y afinamiento mutuo el discípulo siente que todo su ser se expande, y experimenta una inmensa felicidad como si su alma cantara gozosa.

En lo hondo de su ser reina una profunda quietud, un silencio total como el de lo no manifestado. En la Presencia de su Maestro, el discípulo descubre la estabilidad inamovible, el equilibrio imperturbable en que mora su Ser superior; conoce, siquiera por un momento, el Dios microcósmico trascendente que “permanece” después de un fragmento Suyo. Como Mónada, ha penetrado el espacio, el ego y la personalidad, para convertirse allí en el Dios Inmanente.

Esta expansión de conciencia, el profundo regocijo y la quietud interna que a menudo persiste aún muchos días después de esa experiencia, son sin duda señales seguras para el discípulo de un hecho que puede no recordar en detalle al

despertar. El recuerdo del Maestro que viene a la conciencia tras el despertar frecuentemente carece de forma y se traduce como la visión de una luz resplandeciente y radiante como la de un sol espiritual. Es cierto que detrás de este recuerdo está el conocimiento de Su apariencia, de Su personalidad, de Su comprensión perfecta de cada aspecto de la naturaleza del discípulo. La sensación de amistad completa y perfecta se recibe junto con la profunda reverencia que siente el discípulo aceptado. La experiencia sobresaliente, sin embargo, es de luz, felicidad, inspiración, nuevas ideas y conceptos sobre su trabajo, fuerza y capacidad para solucionar todos los problemas, para superar todas las flaquezas, y una renovada determinación de crecer tan rápido como sea posible a semejanza del Maestro.

Parte del entrenamiento del discípulo consiste en abrir su conciencia cerebral a estas experiencias por medio de la meditación; desarrollar el poder de recordar con exactitud las palabras del Maestro para interpretar fielmente Sus sugerencias, y establecer y poner en marcha la maquinaria de inspiración y genio para que pueda llevarla a su personalidad por medio de la voluntad.

En esta etapa la dorada luz de Buddhi ilumina las experiencias del discípulo en los mundos superiores. Una sensación de omnipresencia y un poder de proyectarse en pensamiento a lugares distantes comienza a desarrollarse. Al Maestro se le ve como la apoteosis de la conciencia búdica, como un resplandeciente Ser de luz dorada. Exaltado por esta visión, el discípulo expande su propia conciencia en un intento por compartir la hazaña del Maestro de unificarse con la Vida, Su omnipresencia, Su fusión con la Vida total del sistema solar. Esa Vida se le asemeja a un fuego líquido áureo presente por doquier, que fluye por todos los mundos. A pesar de la difusión universal de esta Vida, parece que fluye por ciertos canales prescritos, a semejanza del sistema circulatorio arterial y venoso del cuerpo humano. Arterias, venas y vasos capilares llevan la Vida de Dios a través de todo el universo material y más allá. Esta red o malla viviente y resplandeciente de la Vida Una parece consistir de diminutos centros o soles que se mueven tan rápidamente que producen el efecto de torrentes continuos. Cada partícula de vida es en realidad un sol, una parte y sin embargo el todo, un centro de la Vida Una y sin embargo esa Vida misma en toda su plenitud.

En algún lugar en medio de estas miríadas de soles hay un Sol Mayor, Uno que incluye a todos, invisible pero conocido, el Corazón de todo sol menor. Debido a este hecho, la experiencia principal es la de unidad con una esencia que todo lo penetra, inefable y más allá del alcance completo de la conciencia del discípulo. Cada intento por comprenderla en la meditación le lleva más cerca del Maestro, a quien se ve gloriosamente transfigurado dentro del áureo Mar de da

Vida, uno con la Vida en toda forma, una perfecta manifestación de la Divinidad omnipresente.

CAPÍTULO XI

LA PERFECCIÓN IMPERFECTA.
LA LABOR DEL DISCÍPULO.
LA NECESIDAD DE LA PUREZA.
EL AMOR UNIVERSAL.

Los hechos esenciales concernientes al Adeptado se refieren menos a la perfección corporal o personal, que al desenvolvimiento completo de la conciencia. Toda perfección es necesariamente relativa. El cuerpo y la personalidad exterior hasta del Adepto más elevado, si bien son perfectos desde el punto de vista humano, contienen imperfecciones. Estas imperfecciones pertenecen a la materia de que están contruidos los cuerpos, y a la conciencia general de la humanidad en los niveles mental y emocional. Por consiguiente, la personalidad del Adepto está todavía condicionada por la etapa evolutiva del globo donde Él vive. Por paradójico que parezca, la cualidad de perfección está todavía evolucionando, de modo que, debido a la evolución general del globo, el Adepto de hoy es más “perfecto” que el Adepto de hace un millón de años.

No obstante, como la conciencia del Adepto es extra-planetaria, está menos condicionada por la materia del globo que Sus vehículos personales. El Adepto es consciente de su unidad con la Inteligencia Mayor del sistema solar y, por lo tanto, está relativamente libre de las limitaciones de cualquier globo en particular. Al proseguir Su evolución entra en unión con la Vida del sistema solar y, finalmente, con su Poder. Unido de este modo con la Trinidad Solar, la conciencia queda prácticamente libre de limitaciones individuales. Al mismo tiempo, sin embargo, la expresión de esa conciencia ensanchada, por medio de una personalidad en un planeta, queda limitada y sujeta a imperfección por las condiciones de ese planeta por el grado de desarrollo de la materia y la conciencia planetarias.

El discípulo debe, por consiguiente, dirigir más especialmente sus pensamientos hacia la conciencia de su Maestro que hacia la personalidad de Él. Unido con esa conciencia, comparte en la máxima medida posible para él la unidad del Maestro con la Inteligencia, y la Vida y el Poder del sistema solar. Por lo tanto, debe meditar más sobre la Conciencia Única del Supremo, que sobre cualquier Adepto en particular. Puede elevarse en amor y veneración hacia su Maestro, y pasar así de lo personal a lo egoico, y de la conciencia egoica a la universal.

Cuando el discípulo entró en probación se formó un vínculo entre él y su Maestro que asegura la posibilidad de comunión a voluntad. Cuando fue aceptado, se fusionó la conciencia de los dos, y cuando alcanzó la Filiación se logró una unidad interior muchísimo más íntima. Aunque sea completamente consciente de esto como ego, el discípulo al principio apenas se da vaga cuenta de ello en su cerebro. Parte de su labor como pupilo consiste en traer a su conciencia cerebral el conocimiento de esta relación, para desarrollar el poder de entrar a voluntad en la conciencia del Maestro.

Esto se obtiene por meditación diaria y viviendo un modo especial de vida. La meditación consiste en dirigir la conciencia con todo el poder de la voluntad hacia el Maestro con la intención de unirse a Él, y por medio de Él con la conciencia universal. El método variará según el temperamento o el rayo del discípulo. En algunos predominará la “voluntad de triunfar”; en otros, el amor y la compasión; otros usarán el pensamiento y la razón; otros, la adoración y el culto; cada discípulo encontrará por sí mismo su propio camino hacia la conciencia del Maestro.

El Maestro se da cuenta instantánea a su vez de la meditación dirigida hacia Él, y contesta el pensamiento del pupilo inspirándolo y guiándolo en sus esfuerzos. El Maestro rara vez le habla al pupilo durante la meditación, pero inunda al ego y por medio de él a la personalidad, infundiéndola con poder, luz y bendición.

Gradualmente el discípulo va derribando las limitaciones de su cerebro y de su temperamento que impiden que él sea físicamente consciente de este intercambio egoico, y se capacita para entrar en contacto a voluntad con la conciencia de su Maestro. De ahí en adelante se establece una diaria comunión en meditación con el Maestro.

Si falla en esta práctica diaria o en ejercicios de meditación más regulares, la personalidad del discípulo permanece divorciada del ego en lo tocante a la conciencia. No siente contacto alguno con el Maestro y la relación pierde su realidad. Bajo tales circunstancias se disminuye enormemente la utilidad del discípulo como canal para la influencia del Maestro.

En su vida diaria el pupilo debe practicar continuo recogimiento, sin permitir nunca que las circunstancias externas absorban completamente su atención. Lo ideal es que su discipulado ocupe una posición permanente en su pensamiento, de modo que continuamente influya en su forma de pensar y de sentir, en su conversación, y en su conducta. Mediante estos dos hábitos —la meditación y el recogimiento en la vida diaria— el discípulo puede poner su conciencia personal en contacto permanente con la del Maestro y vivir percatándose

ininterrumpidamente de su relación con Él. Cuando haya logrado esto se habrá convertido en el discípulo perfecto y estará listo para entrar en la fase siguiente de su vida oculta, en la que renacerá espiritualmente.

La conciencia del Maestro incluye a la de todos Sus discípulos, pues para Él no se interrumpe el conocimiento de su relación. Los ve a todos como partes de Él mismo, y comparte sus fracasos y sus triunfos. Son para Él como los planetas para el sol, y Él es para ellos como el sol para los planetas.

La vida del discípulo es sagrada, pues si bien vive en el mundo no es de él. Aprende a morar en el santuario inviolable de su propio corazón purificado y consagrado. Es un templo donde están entronizados los poderes de su naturaleza espiritual, donde se revela la verdad, y donde estas cosas irradian sobre el mundo.

Preservar la inviolabilidad de ese santuario es de la mayor importancia para el discípulo. Si permite la entrada de pensamientos mundanos y profanos, y de sentimientos y acciones bajas, sufre una pérdida de poder y se nubla su visión de la verdad.

A quienes quiere ayudar no los lleva a su propia morada espiritual, sino que los ayuda a encontrar en sí mismos el santuario de poder y verdad, alentándolos a descubrirlo y no a contentarse con lo que otro haya alcanzado. Prodigar sobre ellos imprudentemente poder y verdad podría entorpecer su crecimiento, pues cada cual debe descubrir su propia espiritualidad inherente y desarrollar su propio poder. El discípulo, por tanto, está separado internamente de hombres y cosas, sabiendo que cada uno tiene dentro de sí su propia Luz, que es suficiente.

Su conducta ante el mundo debe reflejar los ideales a que se ha dedicado. Ha de haber el mínimo de conflicto entre su vida interna y externa, pues tal conflicto induciría a error a quienes se volvieran a él en busca de luz y verdad. Al ver divergencia entre sus ideales y su conducta, tales personas asumirían una negligencia similar. Y así en vez de ser luz en las tinieblas, el pupilo haría aún más tenebrosa la oscuridad.

La vigilancia constante, el hábito de retirarse al santuario interno, la adhesión intrépida a la causa de la verdad y la justicia, son cosas esenciales en la vida del discípulo. No debe escuchar las palabras de otros por prominentes que sean, si tienden a debilitar su adhesión a esa causa. Su propia Luz interna es su iluminación segura, su guía que no falla. Hacia esa Luz camina día tras día, año tras año, hasta que se convierte en la Luz misma. Diariamente, mientras pasan los años, debe dejarla que resplandezca a través de toda su vida y su trabajo, haciéndolo cada vez más transparente a sus rayos. Luz es verdad y verdad es luz; el sendero del discípulo es una senda de luz.

Como su vida es una con la del Maestro, sus actos deben representar dignamente esa asociación. No debe permitir ningún pensamiento, sentimiento o actividad que manche la perfecta pureza de la vida y la conciencia del Maestro. En el momento en que hay impureza en la vida del discípulo se forma una barrera, e instintivamente la conciencia del Maestro se retira de aquello con lo que Él no vibra en simpatía. El Maestro experimenta esta retirada casi como un choque, pues al cerrarse el canal repentinamente, el torrente de vida suya que por él fluía se represa; su fuerza se recoge buscando salidas más puras hasta que desaparezca la impureza y el canal se restablezca.

El pupilo debe aspirar a la pureza perfecta, la cual puede alcanzar por la contemplación de la verdad interna. Su conciencia debe estar firmemente establecida en la verdad, para que la impureza, que es una mentira relativa, no pueda encontrar morada en ella. La impureza no se supera luchando contra su causa —un pensamiento, sentimiento, o experiencia física impura—, sino retirándose al reino de lo totalmente puro, a la blancura de la verdad.

La impureza es la fuente de la guerra continua entre los miembros del cuerpo, y solamente cuando se la supera queda abolida la lucha. Implica separatividad, pues no podría existir sin división. Por tanto, es una negación de la verdad, porque la división es lo opuesto de la unidad, que es la verdad última. La impureza destruye el pensar con claridad, mancha el amor, y profana el cuerpo que es el templo terrenal del Dios inmanente. Implica una actitud personal hacia la vida, exclusividad en los afectos, y separatividad en la conducta, siendo de esta manera la antítesis de la verdad, que es impersonal y todo lo incluye. La vida que es perfectamente pura pertenece a lo eterno.

El discípulo, durante su entrenamiento, que incluye el vivir en el mundo externo en medio de la impureza y la separatividad, debe cuidar con vigilancia estricta y voluntad de acero su modo de vida en términos de conducta, sentimientos y pensamientos.

La pureza se convierte en deslumbrante ropaje con que se inviste al pupilo y en joya resplandeciente en la corona del Iniciado. Aliada del amor, conduce a la liberación, al Adeptado, pues la pureza y el amor son los pilares gemelos del portal que lleva a la paz eterna y la felicidad inefable.

Despojado de toda impureza, el amor del discípulo se hace cada vez más impersonal. Por su continua expresión crece su poder de amar, hasta que irradia de él como los rayos del sol, brillando sobre todos sin pensar en retribución. El afecto que se le retorna lo ofrece junto con su propio amor al Maestro como único Amado y supremo recipiente de todo amor.

El amor del discípulo no va dirigido hacia el Maestro como individuo solamente sino como un ejemplo de vida espiritual, como el modelo de más elevados logros y de perfecta manifestación del Amor al Supremo. De esta forma el discípulo comprende y desarrolla ese amor universal que jamás es manchado por el egoísmo ni el deseo. No debe permitir que la transmisión de este amor supremo a través suyo sea manchada por imperfecciones, sino que tratará de llevarla con toda su pureza al mundo que lo necesita. Debe despertar los corazones de los hombres a la verdadera naturaleza del amor, al sacrificio, al servicio y al altruismo, por los cuales solamente se manifiesta el amor espiritual.

El amor es en verdad un fuego. El amor personal despierta en los hombres la llama de la pasión y el deseo. El amor universal despierta la llama del genio y el heroísmo en el hombre; nace de la visión del Ser Único en todos, de esa visión que, cuando se logra, inspira a amar a todo lo viviente.

CAPÍTULO XII

EL VALOR DE LA MEDITACIÓN. EL SENDERO DEL DESARROLLO RÁPIDO. LA EDUCACION OCULTA.

El desarrollo de la voluntad es de la mayor importancia para quienes desean hollar el Sendero. Esto puede alcanzarse, en parte, meditando sobre la voluntad, donde el Maestro y luego el discípulo, se visualizan como Señor de la Voluntad, personificación de la Voluntad Divina, Dios omnipotente. Debido al vínculo de unidad que existe entre ellos, la comprensión del aspecto Voluntad en el Maestro fortalece el poder de la voluntad en el discípulo. Entonces todas las cosas le parecen posibles: sus flaquezas personales, fáciles de dominar; sus problemas del plano físico, simples de resolver, vistos como parte de los problemas del mundo y no como algo suyo particular. Se ve a sí mismo con un centro de voluntad en el mundo externo, ayudando a la humanidad a dominar sus flaquezas en virtud de su propio y creciente auto-dominio.

Cuando el Maestro ayuda de esta manera a Su discípulo, Él hace que la cualidad o poder requerido se manifieste fuertemente en Sí mismo, y puesto que el discípulo posee al menos el germen de esa cualidad, puede responder. En el acto de responder, la medida de la propia cualidad manifestada se incrementa. Con este despertar, el discípulo expande y desarrolla sus poderes innatos a través de la meditación.

El Maestro y el discípulo no parecen intercambiar palabra alguna en este método de instrucción, cuyo éxito depende enteramente de la capacidad de respuesta del pupilo. El Maestro estimula, el discípulo responde, y de ahí en adelante continúa solo el proceso de desarrollo mediante la práctica diaria.

En la presencia del Maestro, el discípulo está de cierto modo en contacto con el Adepto en que él habrá de convertirse. Este es quizás el mayor servicio que el Maestro presta: el de colocar a Su devoto a una distancia medible de su propia perfección.

El sendero de desarrollo rápido para el neófito consiste en educir de este modo una cualidad tras otra, un poder tras otro, desde las honduras espirituales de su naturaleza donde todas las cualidades y poderes están latentes, y obligarlos a que se manifiesten en su vida diaria, para que el Adepto en que ha de convertirse se manifieste en el presente.

Este poder de auto-desarrollo, de enriquecimiento e iluminación internos, en el cual incluso el tiempo mismo se supera hasta cierto punto, se hace posible para

el discípulo cuando éste le ofrece la gracia de su perfección al Maestro. Puesto que el Maestro ha logrado esta gran consumación, puede en cierta medida establecer este mismo proceso de consumación en otros. Esto no significa que el Maestro imponga Sus poderes en el discípulo, sino que gracias a la afinidad que existe entre ellos, esto lo capacita o lo estimula a despertar en sí mismo esas mismas habilidades, las cuales están presentes en embrión en todo ser humano, y despertarán y se desarrollarán normalmente durante el lento proceso de la evolución.

Mientras el discípulo sea capaz de mantener una perfecta afinidad de su conciencia con la del Maestro, este proceso de aceleración es continuo a nivel egoico. Cuando es recibido ante la presencia del Maestro, sus vehículos personales se iluminan y ensanchan, de modo que los resultados del desarrollo egoico se expresan más perfecta y naturalmente en la personalidad.

Durante la meditación, en total quietud de la mente y del cerebro, la conciencia vigílica recibe los frutos de estos procesos internos. Fortalecido e iluminado, el discípulo los manifiesta cada vez mejor en su vida diaria. De esta manera vincula sus actividades superiores e inferiores, y gradualmente logra una coordinación en toda su naturaleza.

La auto-realización en el cerebro es de inmensa valía. No sólo hace al discípulo fuerte y firme en medio de las pruebas físicas del ocultismo, especialmente en la duda, sino que evita que el progreso personal se quede atrás con respecto del progreso egoico. Mantiene constante el tono de la vida diaria en acción, sentimiento y pensamiento; amplía y mantiene abiertos los canales entre el Maestro, y el ego y la personalidad del discípulo.

El discipulado permite el libre acceso suprafísico a la presencia del Maestro, de modo que además de la mística unión en conciencia, hay también comunión y colaboración oculta entre ellos. Se enseña al discípulo a utilizar sus cuerpos sutiles y a dominar las fuerzas de los mundos suprafísicos. Recibe guía en el trabajo físico que hace en servicio al mundo, como también en las tareas suprafísicas que constituyen la rutina de su vida durante el sueño del cuerpo. (Véase *Protectores Invisibles*, de C. W. Leadbeater).

Estas tareas incluyen servicios tales como auxiliar a los recién fallecidos, ayudar a los necesitados y atribulados, acudir al escenario de grandes catástrofes, y dar y recibir enseñanza en grupos de condiscípulos. Cuando es necesario, y especialmente si los canales se mantienen abiertos, el recuerdo de estas actividades se recibe en el cerebro al despertar, o a cualquier otra hora del día.

El discípulo también recibe ocasionalmente durante el día instrucciones de su Maestro para la conducción de sus trabajos. Es utilizado como un canal para las fuerzas espirituales del Maestro y de la Gran Fraternidad Blanca, convirtiéndose así en un portador de gran bendición al mundo. Por medio de Sus discípulos, el

Maestro mismo recibe una ampliación de la conciencia personal, pues estando en unión consciente con ellos toma parte en todas sus actividades.

El vínculo de amor entre Maestro y discípulo es la más íntima y bella de todas las relaciones. El Maestro entiende perfectamente al discípulo, lo lleva místicamente en Su corazón, irradia sobre él un profundo afecto espiritual y por tanto impersonal, comparte sus triunfos y lo ayuda a recobrase de sus fracasos. Esto desarrolla entre ellos un gran amor, espiritualmente paternal de un lado, y filial, profundo y reverencial del otro, vínculo que perdura más allá del tiempo y por toda la eternidad.

El plan para la evolución de la raza hermana incluye la formación de esta clase de vínculos. Los Maestros llegan a ser, en una era posterior, Regentes espirituales, Instructores o Directores, con sus antiguos discípulos ahora convertidos en Adeptos, como tenientes Suyos en el mismo campo de actividad. Más adelante aún, cuando Ellos sean Regentes de un Mundo, los Tenientes serán Señores de la Voluntad, la Sabiduría y la Inteligencia, altos Oficiales en la jerarquía Oculta de entonces.

Cuando el Maestro alcanza el dominio interplanetario y solar, los Señores espirituales se convierten en Sus Regentes Planetarios, y así sucesivamente a través de las vidas en los sistemas solares y el cosmos, y los vínculos de tal amor perduran intactos a través del tiempo.

CAPÍTULO XIII

EL DISCÍPULO ACEPTADO.

EL NUEVO NACIMIENTO.

LA INICIACIÓN.

LA CORRIENTE DE VIDA.

EL TRABAJO DEL INICIADO.

En el proceso de “aceptación” cuando el pupilo es acogido en el corazón mismo del ser y de la conciencia del Maestro, el Maestro presta al individuo el mismo servicio que constantemente le presta en conjunto a la humanidad.

La aceptación es un entonamiento individual: el Maestro y el discípulo representan el misterio del entonamiento vicario en su más alto grado. El proceso de entonamiento general y continuo que el Maestro lleva a cabo para el mundo entero, es necesariamente menos efectivo en lo tocante a cada ser humano por separado que para el discípulo aceptado. No obstante, puesto que la esencia vital del discípulo es una con la humanidad, todo el género humano participa en cierta medida de lo que alcanza y experimenta el discípulo.

Si el discípulo lo desea, puede establecer dentro de sí un proceso de aunamiento similar, general e individual. Por ejemplo, si siente especial amor por otro ser humano, lo puede atraer a su corazón y pasar con él conscientemente al corazón del Maestro. Durante esa experiencia comparte con su amigo su expansión de conciencia y la bendición del Maestro, en la medida en que el amigo sea capaz de recibirla. Y éste saldrá glorificado del corazón del Maestro, como salió el discípulo cuando por primera vez fue recibido allí.

Al desarrollar este poder, puede extender esta actividad para incluir grupos de personas, auditorios, congregaciones y muchedumbres, tanto de vivos como de muertos. También puede atraer a su corazón miembros del reino angélico y hadas, pues ya no existen barreras entre él y la vida en cualquier forma. Así aprende gradualmente a manifestar y a compartir con todos aquella realización completa y perfecta de la unidad en que el Maestro mora.

Esta clase de auxilio, ya venga de un Maestro o de un discípulo, no es externa, pues el verdadero aunamiento ocurre en la conciencia búdica en la que no existe nada fuera del Ser Único. En ese nivel, el Maestro, el discípulo, y el mundo, son una sola cosa indivisible. En la conciencia egoica se conoce la unidad esencial entre el sujeto y el objeto, si bien puede verse y distinguirse entre sí. La ayuda del Maestro la recibe el discípulo internamente más que desde afuera. Y él repite el

mismo proceso para el mundo hasta donde se lo permita su desarrollo. A cada paso que da en el Sendero aumenta su efectividad como agente unificador, hasta que al fin alcanza la Maestría, se torna conscientemente uno con el "Padre", uno con todo lo que vive.

La etapa de aceptación es, por lo tanto, de extrema importancia, tanto para el individuo como para el mundo, pues en la unión del Maestro y el discípulo se anuncia la unión final consciente de todos los hombres con Dios.

Cuando llegue la hora, la individualidad del discípulo debe morir. Debe entonces renunciar a todo aquello por lo que ha luchado y cuanto ha obtenido durante la evolución material y mental. Debe retirar toda petición personal, incluso la inmortalidad, pues sólo cuando se deponen el viejo ego, puede nacer el nuevo Ser. Este es el nacimiento de Cristo en el corazón humano. El niño recién nacido es el símbolo de la entrega absoluta, de la completa renunciación.

En este estado de "recién nacido", simbólicamente débil e inocente en un mundo nuevo, el discípulo es objeto del tierno cuidado del Maestro. Él es el Padre José de la alegoría cristiana, el carpintero, el hábil artesano que ha ayudado a formar al niño recién nacido. La Eterna Madre del Universo, María, símbolo de la maternidad espiritual, también cuida de él, mientras las Huestes Angélicas se acercan para incorporar y hacer resonar en la nota clave del "recién nacido", su creadora Palabra de Poder. El alma renacida ha trascendido los estados animal y humano normales, simbolizados por los rebaños y los pastores, y viene ahora el nacimiento espiritual ante la presencia de los Ancianos y las Huestes Angélicas.

Esto es la Iniciación, el nacimiento del alma espiritual del hombre, una verdadera creación, pues un nuevo producto ha resultado de la combinación de atributos divinos y humanos que ocurre cuando se cruza el Portal. Hasta entonces el hombre ha vivido espiritualmente *in utero*, pero ahora se levanta como entidad espiritual, consciente de sí mismo, en regiones relativamente nuevas para él.

Ahora se abren ante él los planos intuicional y espiritual superior, y al pasar de la adolescencia espiritual a la madurez penetra gradualmente más y más en lo profundo de estos mundos. Todavía está *in utero* respecto de los planos más elevados, pues toda la creación existe dentro de la matriz del Aspecto Material del Supremo. Sin duda, la evolución consiste en una serie de partos o nacimientos, donde el individuo es un recién nacido en un nuevo mundo.

En este primer nacimiento iniciático el hombre recibe el poder de la maestría, y por tanto, la liberación en los tres mundos del pensamiento, el sentimiento, y la acción física, donde hasta entonces había estado aprisionado. Este triple poder está simbolizado en el relato cristiano por las ofrendas de oro, incienso y mirra

colocadas por los Tres Sabios a los pies del niño Cristo. Los Magos tienen sus prototipos en los Hermanos Mayores en cuya presencia ocurre el nacimiento. Son los Señores del Conocimiento, el Amor y la Voluntad, que están presentes y otorgan Su bendición y poder especial al neófito.

De ahí en adelante, y por primera vez en su existencia terrenal, es un hombre libre. Libre en el sentido de que no tiene compromiso alguno ni individual ni racial. Su vida se ha entregado al Ser Único. María, la Madre de Jesús, tuvo prueba de esto en la respuesta que recibió cuando le reprochó su ausencia en el templo: “¿No sabes que debo ocuparme de las tareas de mi Padre?” Tal es la respuesta que todos los Iniciados deben dar a todos los que tratan de atarlos al pasado.

Para el Iniciado, el mundo parece haber cambiado, y no él, y a ese cambio aparente debe adaptarse él gradualmente. Donde antes veía división, separatividad y pecado, ahora ve unidad, parentesco y experimentación. Empieza al fin a ver la vida como un todo, a percibir y sentir la omnipenetrante Presencia del Supremo, a conocer su unidad y hasta su identidad con otros hombres, con la Naturaleza y con las cosas que se llaman inanimadas. Se da cuenta de que las formas no son sino estuches llenos de vida; que los cuerpos son templos santificados por seres divinos y santos que en ellos moran. Los soles, estrellas y planetas no son ya remotos, sino que él oye y entiende la música que ellos emiten. Sabe que él y ellos son partes relacionadas en la gran composición que el Músico Divino ejecuta todo el tiempo. Las vidas no son sino compases y las muertes son pausas. La evolución añade líneas al pentagrama y notas a la escala, y así la sinfonía de la creación aumenta en riqueza y esplendor edad tras edad.

Al llegarle este conocimiento, aprende más perfectamente a dar su propia nota, pues ahora conoce su unidad con el Compositor no visto. Empieza de ahí en adelante a cantar su camino por la vida, hallando que las pruebas y vicisitudes no son sino disonancias transitorias, esenciales para lograr la armonía mayor. El ego ha desaparecido y se convierte en una nota en una canción.

La corriente de la Vida Única fluye de eternidad a eternidad, llevando en su lecho universos, soles, planetas y hombres. Es la eterna corriente de vida, la corriente de “sangre” divina y palpitante que vivifica todos los mundos. Es el centro de vida en todo átomo y en toda célula, el principio esencial sin el cual nada podría existir.

Dentro de esta corriente se ha lanzado conscientemente el Iniciado. Su progreso hacia la “otra orilla” depende de que cada vez sea más consciente de su identidad con la corriente. Hasta entonces desconocía su unidad con ella, aunque continuamente se sumergía, nacía y renacía, en esa corriente que es la vida. Aunque su verdadero Ser es uno con la esencia de la corriente de la vida y todos

sus vehículos de conciencia dependen de ella, y su mismo cuerpo y alma están impregnados de ella, él era, sin embargo, inconsciente de que ella existía y se creía separado y solo.

Ahora por fin alborea la verdad en su conciencia interna y se dice que él “ha entrado en la corriente”, en esa corriente de vida que fluye desde la eternidad de lo incondicionado, y pasando por lo condicionado regresa a la eternidad; desde la intemporalidad hacia el tiempo, para regresar otra vez a lo intemporal.

Aquello que es eterno en él, que siempre es uno con todo lo eterno; comienza a modificar su conciencia, a cambiar su relación con su existencia temporal. Va acercándose al conocimiento del Eterno ahora. El tiempo, que hasta ahora lo ha esclavizado, será ahora conquistado por él. El tiempo lo trajo hasta la orilla de la corriente, pero ahora se queda atrás mientras la orilla se aleja y él prosigue en su afinamiento con lo intemporal.

Comienza a conocer la quietud de lo no-existente, el silencio que está más allá de la existencia, la oscuridad tras la luz, y el equilibrio de la energía en reposo. La plena culminación, el afinamiento final y permanente con la eternidad vendrá cuando alcance la “otra orilla” y logre el Adeptado.

El ego, en cuya Iniciación la Vida inmanente y la Mente omnipenetrante alcanzaron un despertar auto-consciente, obtiene así la visión de la Inmanencia del Supremo. La tarea que tiene ante sí el Iniciado es la de despertar la personalidad a una comprensión similar. La Vida y Conciencia divinas en la mente, en las emociones, y en el cuerpo, deben también despertar a la auto-conciencia. En cada uno de esos planos debe comprenderse la divinidad inmanente y alcanzarse la visión de la Vida omnipenetrante.

Esta proeza interna del Iniciado puede tomar muchos años o muchas vidas. La rapidez de su progreso depende en gran medida del grado de visión espiritual obtenido antes de “entrar en la corriente”. Hay muchos no iniciados que han alcanzado cierta medida de auto-conciencia espiritual despierta, mientras otros más adelantados en el Sendero no han desarrollado todavía esa percepción espiritual personal. Con el tiempo esta visión del Supremo debe ser alcanzada por todos, pues es la meta hacia la cual avanza toda la humanidad.

El trabajo externo del Iniciado consiste principalmente en servir de canal a los poderes e influencias de la Gran Fraternidad Blanca. Ahora es Su mensajero y representante en el mundo y no vive sino para hacer Su voluntad, que es la Voluntad del Supremo. No reconocido sino por unos pocos, se mueve entre los hombres como una influencia aceleradora y fermentadora, como un centro de poder espiritual.

Mientras así vive y trabaja en el mundo externo, su conciencia espiritual se expande continuamente. Penetra cada vez más hondo en las regiones espirituales internas, cuyo esplendor comienza ahora a mostrarse en él. Su aura resplandece, sus pensamientos adquieren potencia, y sus sentimientos una fuerza y profundidad que hacen de él un hombre de poder dondequiera que vaya. Su voz se vuelve un vehículo para las fuerzas de la voluntad espiritual; sus ojos están llenos de luz; su mirada a menudo parece destellos de fuego, penetrante como la de un águila; es majestuoso como un león; noble como un rey, y sin embargo, es tierno y compasivo como un Cristo, claro y límpido como un niño pequeño.

En su corazón han nacido las cualidades de compasión, amor omniabarcante y ternura. Voluntariamente ha derribado todas las defensas y su corazón está abierto a las tristezas del mundo. Se ha despojado de la armadura de egoísmo; ha arrojado lejos de sí el escudo de la separatividad, y se ha hecho sumamente vulnerable a las heridas infligidas por la ignorancia del mundo.

Sin embargo, ninguna herida es mortal, ningún dolor es permanente, pues él ha descubierto su inmortalidad y se acerca al portal de la felicidad eterna. Se ha convertido en la incorporación del amor eterno, por lo tanto, la crueldad no provoca en él ninguna respuesta dura. Con la piedra filosofal del amor eterno, transmuta en el crisol de su corazón el dolor, el sufrimiento, la crueldad y el vicio, en sus opuestos. Cual un alquimista espiritual, transmuta en "oro" fino la bajeza del mundo.

Ahora ciertamente debe "poner la otra mejilla", amar a sus enemigos, y al que le roba la bolsa darle también su capa, pues tal es la vida del Iniciado, a la que se refieren estas enseñanzas del Cristo. Crece en la medida en que las vive, y con su crecimiento eleva a toda la humanidad. Se vuelve como un Atlas que lleva la carga del mundo sobre sus hombros. Mientras sea humano, su peso lo dobla pero no lo quiebra. Cuando sea Adepto, se mantendrá erguido bajo su yugo.

CAPÍTULO XIV

LAS ACTIVIDADES EXTRA-PLANETARIAS DEL ADEPTO. LA VIDA CONSAGRADA.

El adepto vive fuera del ámbito del tiempo. Cada acto suyo está lleno de significado para la eternidad. Sus planes incluyen el concepto de intemporalidad para realizarlos. Vive en lo eterno y, sin embargo, proyecta Su conciencia en el tiempo; ambos estados se combinan en Él. Hace planes en la eternidad y actúa en el tiempo, pues ha resuelto el misterio de la relación entre esos dos estados, a los cuales Él mismo los une como un puente.

La vida del Adepto es así dual, como lo es Él mismo. Se puede entrar en contacto con Su manifestación temporal y comprenderla en parte, pero Su existencia en la eternidad será por siempre un misterio. En el tiempo tiene individualidad, es un Ser; fuera del tiempo, no la tiene ni es un Ser, y sin embargo Él es también todo Ser, pues es Uno con el Todo. Tiene una existencia planetaria que como ya se ha dicho es séptuple y constituye Su manifestación temporal en la tierra, Su individualidad. Tiene también una existencia extra-planetaria en la cual está unificado con el triple Regente interplanetario, quien se manifiesta en Él y por medio de Él, pues Sus individualidades son una sola.

Mediante esta identificación con el Poder, la Vida y la Conciencia extra-planetarias, Él es también uno con la triple existencia cósmica. Su poder de manifestación allí aumenta a medida que prosigue Su desarrollo. Su individualidad terrenal es el aspecto menor de Su naturaleza; su Ser cósmico es el mayor, con conciencia interplanetaria que actúa como eslabón entre los dos aspectos.

El Adepto es un Ser cósmico más bien que terrenal, aunque mantiene una individualidad terrenal con cuerpo físico. El mantenimiento de tal cuerpo es algo voluntario que depende en gran medida del modo en que ascendió a través de la humanidad. Aquellos que no escogen continuar la existencia física, entran en los estados extra-planetarios y cósmicos para cumplir Su destino como Adeptos en esas regiones.

La conciencia de tales Adeptos, si bien está normalmente limitada a los campos extraterrestres que han escogido, puede en cualquier momento manifestarse a cualquier nivel en cualquier planeta, mediante un proceso de proyección en vehículos temporales, materializados para ese propósito, o prestados a Ellos por algún habitante del globo en que la manifestación ha de

ocurrir. Esto puede tomar la forma de un completo cambio de conciencia en el cuerpo prestado, que su dueño abandona para que el visitante lo ocupe, o también la de super-imposición o inspiración, como la de un Avatar.

Con no poca frecuencia, a las reuniones de la Jerarquía de Adeptos que gobierna un globo asisten Consejeros y Embajadores extra-planetarios, representantes de la Jerarquía gobernante de un sistema solar o un conjunto de globos. Así como el Adepto tiene vida y conciencia extra-planetarias, también la tiene la Gran Fraternidad Blanca de cada globo habitado por seres humanos. Éstas, en conjunto, forman el gobierno de un grupo de globos bajo el Logos Solar. Este sistema se extiende hasta formar grupos sistemáticos mayores, y la totalidad se manifiesta como una unidad en términos de conciencia cósmica.

De este modo se mantiene continuamente un contacto externo, directivo y protector entre el corazón de la creación, el centro vital del Cosmos, y la más diminuta vida individual en cada globo. También existe una unidad interna entre lo más alto y lo más bajo, entre el centro y la circunferencia de la manifestación, pues la Vida que los anima es Una sola a través del todo. De esta forma, teniendo por un lado la ayuda externa y auto-consciente que se observa en los reinos mineral, vegetal, animal y humano, y por otro, la vida interior que surge y se desenvuelve, la dualidad de la manifestación tiene su aplicación en todo el Cosmos.

Puesto que el principio de que lo más evolucionado debe ayudar a lo menos evolucionado es de aplicación universal, y que esto es fundamental para el cumplimiento del plan según el cual progresa el universo, se infiere que quienes deseen cooperar inteligentemente con la Voluntad Suprema deben participar en la operación de ese principio.

El primer paso hacia la unidad consciente con el Supremo es siempre el mismo: una acción no egoísta y nacida del amor. Si al principio el servicio es personal y el motivo es individual y separado, no por ello la acción deja de ser una ayuda. Gradualmente el motivo personal cede el campo al impersonal, y el bienestar individual da paso al bienestar colectivo. De esta manera se despierta el espíritu de filantropía y se descubre el secreto de la felicidad. El espíritu de filantropía incluye no solamente a esas acciones que ayudan pero que no traen una recompensa inmediata, sino también a las que traen una pérdida e implican un sacrificio personal. Gradualmente se alcanza el conocimiento de que la pérdida personal trae ganancia eterna, y que el sacrificio terreno trae enriquecimiento espiritual. La promesa de que “quien aborrece su vida en este mundo la guardará para la vida eterna”, se reconoce entonces como una verdad profunda. “Quien

halla su vida, la perderá, y quien pierde su vida por mi causa, la hallará.” (Mateo, 10:39).

Tal conocimiento es el cimiento sobre el cual se establece una vida de servicio. Es una reversión completa de la existencia humana normal, y sus motivos son opuestos a los que gobiernan la vida corriente. Tanto el individuo como la raza deben cumplir esta reversión para que sea posible la culminación espiritual. Deben crecer de lo personal a lo impersonal; deben aceptar la filantropía como el único motivo digno, y desarrollar la benevolencia hasta tal punto que el sacrificio no produzca más que gozo. Estas son las cualidades necesarias para quienes desean cooperar conscientemente con la jerarquía de Adeptos en el cumplimiento de la Voluntad Única.

Inspirados por estos ideales, el individuo y la raza empiezan conscientemente a llenar su papel en el cumplimiento del Gran Plan del Supremo, a trabajar en favor y no en contra de la evolución, y a considerarse como ministros del Altísimo. Un cambio de actitud tal como éste introduce el elemento de santidad verdadera en la vida, y prepara al aspirante para la visión de la divinidad inherente en todas las cosas, y lo sacrosanto de todos los actos, todo lo cual está basado en el hecho de que la Vida Divina existe dentro de todas las cosas y tras de todo acto está el Divino Actor Único, el Supremo.

La espléndida visión del Supremo se logra por la adhesión a estas reglas de vida. Al principio ello se experimenta como destellos de inspiración, percepciones intuitivas, y la sensación gradual de un destino mayor que se está cumpliendo. Luego viene el conocimiento de la Inteligencia Guiadora detrás el universo que ordena todas las cosas, grandes y pequeñas, la visión de la Mente Única.

Muchos peligros acechan tanto al individuo como a la raza en este punto, pues a menos que prevalezca la actitud de impersonalidad y humildad se le dará a la experiencia una interpretación personal, y lo que es de aplicación universal se tomará equivocadamente como individual. Esto lleva al orgullo y a una actitud mezquina y personal, dos grandes peligros contra los que siempre debe estar en guardia el aspirante para que no oscurezcan su visión ni empañen su trabajo.

Evitando estas trampas, el individuo y la raza consagran finalmente sus vidas a alentar el progreso, a cumplir el Plan único, a cooperar armoniosamente con la Voluntad Única.

Este es el sendero, y no hay otro que lleve a la elevación del individuo y de la raza hacia la felicidad y la paz. Es el Camino de la Vida Divina, el único camino en que esa Vida puede llegar a expresarse perfectamente. Es la senda que todo hijo

del hombre liberado ha hollado. El Adepto, por haberla recorrido hasta el fin, está establecido en una felicidad permanente y en una paz que nada puede perturbar.

CAPÍTULO XV

EL MACROCOSMO EN EL MICROCOSMO. LA VISIÓN DEL CONJUNTO.

El sistema solar es una unidad individual en medio de las muchas unidades similares que componen el sistema sideral. Es una entidad evolutiva, una conciencia grupal que se mueve constantemente hacia la auto-conciencia, hacia la "individualización", o la entrada consciente a un orden más elevado de la existencia.

La vida en cualquier punto o parte del sistema solar es un epítome del conjunto. Los procesos vitales que ocurren en cualquier reino de la Naturaleza son reflejos de los que ocurren en toda la Naturaleza. La evolución de la conciencia grupal del mineral, de la planta, del animal, y de los espíritus de la naturaleza hacia la individualidad, es una manifestación planetaria de la evolución similar de todo el sistema solar hacia un estado superior. La individualización de un espíritu de la naturaleza al reino angélico, y la del animal al reino humano, son un reflejo microcósmico de un logro macrocósmico. En forma similar, la liberación alcanzada por el Adepto no es sino una parte de una liberación mayor que debe alcanzar el sistema solar en su totalidad. De esto se deriva, por tanto, que todo logro microcósmico ayude al progreso del plan completo.

Puesto que este esquema también no es sino una parte de un todo aún mayor, éste también recibe ayuda, y así sucesivamente *ad infinitum*, pues la totalidad de esquemas siderales es inconmensurable, ilimitada e incognoscible. Inconmensurable, porque siempre se está moviendo; ilimitada, porque siempre está creciendo; e incognoscible, porque siempre está cambiando. Aunque es estas tres cosas, como conjunto es, sin embargo, comprensible, porque aunque está compuesta de muchas cosas, pero es Una sola. Por infinitamente pequeño que sea un planeta en comparación con ese conjunto, es sin embargo infinitamente valioso para el conjunto, pues en él se manifiesta éste en miniatura; a él está indisolublemente ligado el conjunto, y por medio de él progresa el conjunto. En las regiones de la vida infinita, el todo y la parte son una sola cosa.

Así también un hombre que mora sobre la tierra, perfecto en su propia etapa e imperfecto en una superior, es un epítome del Hombre Celestial, el Pensador, el Logos, quien mora dentro del sol y todos los globos que giran. Esta pareja, el hombre terrenal y el Hombre Celestial, también son uno solo compartiendo la misma vida, progresando cada uno con los logros del otro, inseparables

compañeros peregrinos que difieren solamente en el grado de capacidad de auto-expresión. Así todo el esquema del que este planeta y sus numerosos habitantes son una parte, se mueve y progresa como una unidad en la que el movimiento de la más diminuta parte afecta al conjunto.

Puesto que a la par de ese conjunto hay otro mayor que de forma similar está siempre moviéndose hacia una extensión infinita, cada acción de la parte más minúscula ejerce una influencia a través del infinito conjunto. Si bien se le describe como infinito, no está de ninguna manera distante en tiempo o espacio, pues en la infinitud el tiempo y el espacio no significan nada: todo está aquí y ahora. La estrella más lejana no está lejos cuando se contempla desde el punto de vista del infinito, pues en el infinito no existen distancias.

En los confines del tiempo y el espacio, el pensamiento que genera un hombre lanza una ola ondulante en la materia del plano mental. Cuando esta ola encuentra las barreras mentales que encierran la vida mental solar, se detiene en su curso. En las regiones superiores, donde se desconocen tales barreras, la vida que está tras el pensamiento, el movimiento, y la esencia espiritual del pensador, se refleja instantáneamente y se repite a través del conjunto, a causa de la Unidad que constituye su naturaleza fundamental. En esa Unidad no hay tiempo, ni espacio, ni barreras.

La visión que no incluye el concepto del conjunto es imperfecta; el conocimiento que no esté basado en el concepto de unidad es incompleto. El conjunto no puede ser visto por el hombre mortal, quien tampoco puede percibir la unidad; sin embargo, el principio de la existencia del conjunto y el hecho de la unidad deben captarlo quienes tengan visión y sean concedores de la verdad. En el reflejo del macrocosmo en el microcosmo está la clave de todo conocimiento, pues el todo puede ser percibido por medio de la parte, y por medio de lo individual puede captarse lo universal.

Este principio debe aplicarse en el estudio de lo espiritual y lo oculto. Sin él, todo conocimiento es como la cáscara que oculta la almendra del fruto del Árbol de la Vida. Por lo tanto, el estudiante de ocultismo debe meditar sobre la unidad hasta que alcance cierta medida de la experiencia del conjunto. A partir de la experiencia de este hecho esencial interno, puede entonces proseguir el estudio con una comprensión de las partes externas y relativamente no esenciales del conjunto.

La mente oscurece o ilumina, según el desarrollo evolutivo del pensador. En la infancia y la adolescencia mental, la mente divide; en la madurez, une. En el análisis se pierde la verdad; en la síntesis, se descubre de nuevo. Sin embargo, las mentes infantiles y adolescentes deben necesariamente analizar para que logren

conscientemente la síntesis. El peligro surge solamente cuando se continúa analizando únicamente, hasta llegar a la madurez en vez de aspirar a la síntesis. La mera recopilación de hechos no puede iluminar la mente. El pensador debe convertirse en intérprete de los hechos antes de que pueda percibir la verdad. A partir de los hechos, debe proseguir hacia los principios, y desde éstos hacia la verdad subyacente. La interpretación fiel exige un pensamiento sintético basado en la comprensión del conjunto.

La humanidad está pasando de la adolescencia mental a la madurez intelectual. Destacados científicos ya están empezando a interpretar espiritualmente los hechos materiales reunidos, y ésta es una señal de los tiempos. Líderes religiosos, estadistas y sociólogos deben seguir el mismo paso, no fijándose en la secta o la fe individual, ni en la nación particular, ni en la estructura social, sino en el conjunto.

Ninguna religión contiene toda la verdad de manera exclusiva. Ninguna raza u orden social exhibe todas las virtudes, pero un conocimiento de la relación que existe entre las religiones individuales y la religión misma; entre una raza particular o un orden social y la humanidad en conjunto, revelará los principios sobre los cuales se basan todas las religiones y se fundamentan todos los órdenes sociales. A la luz de esta totalidad de conocimiento puede encontrarse el sistema perfecto de creencia religiosa y el orden social perfecto.

CAPÍTULO XVI

EL FRAGMENTO Y EL CONJUNTO. EL MANANTIAL DE LA VIDA. LA NATURALEZA DE LA BELLEZA.

La relación entre el Absoluto y lo condicionado, entre lo infinito y lo finito, es un misterio para la mente condicionada. El cambio desde el Ser al devenir, y desde la Eternidad al tiempo, presenta un problema cuya solución elude la inteligencia finita.

La no-manifestación no implica no-existencia; es existencia transmutada, potencia estática, energía despolarizada, conciencia en reposo, espíritu inmovilizado. Simbólicamente la manifestación se representa con una pirámide. La no-manifestación podría representarse con el punto, que es lo único que queda cuando los lados de la pirámide se recogen en el ápice y la base ha desaparecido.

La no-manifestación es la esencia más elevada de la existencia, y en ningún sentido está separada de lo manifestado. En realidad estos dos estados son contemporáneos en el sentido de que siempre hay un aspecto no manifestado de la vida manifiesta. Esto es cierto en toda expresión de la vida. Cada reino de la Naturaleza está representado en el aspecto no manifestado de la Vida omnipenetrante.

El hombre, que es un epítome del conjunto, tiene un aspecto suyo no expresado. La personalidad no representa sino un fragmento del ego, y el ego es apenas un fragmento de la Mónada, mientras que la Mónada no es sino una manifestación en el tiempo, positiva y negativa, de aquello que es eterno y no polarizado. La Mónada está en movimiento; lo no manifestado, no se mueve.

La evolución es un viaje sin tiempo que emprende aquello que no evoluciona, que no se mueve ni tiene dimensiones: el Absoluto desde lo no manifestado, pasando por lo manifiesto, para regresar otra vez a lo no manifestado.

En el amanecer de la manifestación, Aquello que era Uno se vuelve Dos. Estos dos son espíritu y materia, vida y forma. Al proseguir la evolución, se hace más íntima la relación entre los dos. Gradualmente, la vida encuentra un modo cada vez más perfecto de expresión por medio de la forma, mientras que la forma se hace cada vez más adaptable como vehículo para la vida. Hablando en términos de tiempo, la expresión de los impulsos vitales por medio de la forma se hace más rápida, hasta que llega a ser instantánea cuando la resistencia de la forma a la vida

se ha reducido al mínimo. La vida aumenta firmemente en plenitud y poder de expresión, en parte, gracias a la experiencia que obtiene por medio de la forma, y también a que en realidad aumenta la medida de vida que se manifiesta en la forma. Esto es tan cierto del sistema solar como del conjunto y del individuo.

El aumento en la medida de vida que se manifiesta se efectúa por el mayor aflujo de vida desde su fuente y a través de una dimensión interior. En el corazón de la existencia, que está oculto pero dentro del sistema solar, hay un manantial de vida por el cual afluye otra vida externa dentro del sistema solar, en la medida en que éste es capaz de recibirla. Cuanto mayor es la facilidad y perfección con que la vida se exprese por medio de la forma, menor es la presión de la vida dentro del sistema. Al disminuir la presión, se abre la válvula solar dando entrada a nueva vida. Esta entrada continúa hasta copar el límite de la capacidad de la forma para la expresión de la vida. Puesto que este principio es universal, existe en lo más íntimo del hombre un manantial de vida, una válvula por la cual penetra la vida en su Mónada, su ego y su personalidad. Cada una de éstas recibe de su fuente interior una medida de vida que va aumentando gradualmente según sea capaz la forma de recibirla y expresarla.

Modificada desde adentro por la presencia y la presión de la vida, y desde afuera por la experiencia, la forma se convierte gradualmente en un vehículo más perfecto, un canal más libre por el cual la vida puede expresarse. Así se va estableciendo una relación cada vez más perfecta entre la vida y la forma.

La norma para medir esta relación es la señal externa de su armoniosa expresión de la Belleza. La belleza de la forma es la vida inmanente. Sin esa armonía interna no puede existir verdadera belleza. Cuánto más perfecta es la relación, mayor es la belleza.

La resistencia de la forma a la manifestación de la vida se reduce gradualmente según avanza la evolución. Al fin se alcanza la sincronización y los impulsos vitales internos encuentran expresión inmediata y completa por medio de la forma. Bajo esta condición, tanto la forma como la expresión son supremamente bellas. En consecuencia, la belleza es la norma para medir el grado de evolución, es el sello distintivo de la forma espiritualizada en cualquier reino de la Naturaleza.

El hombre espiritual se distinguirá por la belleza de sus sentimientos y pensamientos, expresada espontáneamente como belleza en la conducta de su vida.

La fealdad deliberada es una negación de la divinidad, una sumisión a la ley del Caos. Negar la belleza es negar a Dios. Quien cae en estos errores niega a Dios

y, por lo tanto, lo aprisiona más profundamente dentro de sí. Es un desertor que se ha pasado a las filas del Caos, un traidor al gobierno de la Ley.

CAPÍTULO XVII

LA GUERRA EN EL CIELO. LA GUERRA EN EL HOMBRE. LA VICTORIA.

El caos es el gran contrario del Orden, y durante la manifestación hay un incesante conflicto entre ambos. Son los polos negativo y positivo de la manifestación, y no obstante, en la Raíz Única, los dos son uno. La manifestación es una guerra incesante entre estos dos grandes antagonistas.

En el orto de la Creación reina el Caos, amo de los ámbitos del espacio. Al llegar al cenit, el conflicto está en su punto más alto, pues entonces las fuerzas que se oponen son iguales en poderío. Sigue la gradual derrota del Caos, que se completa en el ocaso solar. Entonces reina el Orden y en él se ha absorbido, no destruido, el Caos; las dos fuerzas se han unido y trabajan en armonía. (Una descripción musical gráfica de esto se encuentra en el *Preludio al Oro del Rhin* de Wagner).

La enfermedad es una victoria temporal del Caos. La guerra, el hambre y las pestes son signos del avance de sus ejércitos. Aunque sus ataques son destructivos para la forma, el Orden saca ventaja de ellos para la vida, dirigiéndolos prudentemente. La incesante batalla entre el Orden y el Caos mantiene el proceso de desenvolvimiento y es el medio para el crecimiento.

El relato de la guerra en los cielos entre los Ángeles de la luz y los de las tinieblas, es una referencia alegórica a este hecho. El cielo se refiere allí a la etapa en la creación del sistema solar, cuando el Uno se vuelve Dos por primera vez: etapa que se repite en la existencia planetaria, lo mismo que en la individual. La guerra en el cielo es una guerra permanente, librada continuamente por los grandes contrarios: el espíritu y la materia, la vida y la forma, la universalidad y la individualidad.

En esa batalla no puede haber victoria final para ningún lado, pues el poderío de los dos es igual, pero la naturaleza y el plano del conflicto cambia, como cambian los de los ejércitos contrarios. Al principio la guerra se libra en regiones puramente espirituales, como en la alegoría de la guerra en el cielo. Gradualmente cambia el campo de batalla, moviéndose “hacia abajo” a través de los planos de la Naturaleza hasta llegar al físico, donde el conflicto llega al máximo.

El Gran Adjudicador observa la lucha y cuando, como resultado de ella, se ha alcanzado lo que Él ha planeado, traslada el campo de batalla “más arriba”, a través de los siete planos de la Naturaleza hasta llegar al más elevado, el Espiritual, hasta que toda la manifestación séptuple del universo ha sido sometida doblemente a la guerra entre el Orden y el Caos.

Este Armagedón macrocósmico se repite microcósmicamente en el hombre. Sucesivamente, los siete principios del hombre son los campos de batalla donde se libra el gran conflicto. El crecimiento del microcosmos (el hombre) prosigue paralelo al crecimiento del macrocosmos, pues el hombre es a la vez una unidad en el ejército del Logos, y un logos para los siete principios que constituyen su propio universo, compuesto también de muchas “vidas”.

El Armagedón humano es perpetuo. En el hombre se libra una guerra constante entre sus naturalezas espiritual y material. También está en conflicto con la materia del mundo en que vive, resistente siempre a su voluntad. Toda expresión suya, ya sea de la voluntad, del pensamiento, del sentimiento, de la palabra, o de la acción, produce conflicto. La vida determina; la forma se opone. La conciencia busca libertad; la materia confina. El artista, aun en el momento de su más elevada inspiración, está en conflicto con los medios de su arte, pues, como siempre, la materia se resiste a la acción del espíritu. Como uno de los resultados de la batalla se desarrolla la voluntad, crece la sabiduría, y se ensancha la conciencia.

La materia y el espíritu comparten la victoria por igual. Se dice que la materia parece conquistar porque el espíritu no puede hacer ninguna impresión permanente en ella; aunque quede cautiva por un tiempo, eventualmente se escapa. (Como el modelo en arcilla que hace el escultor, cuando éste le ha servido para vaciar su obra, lo rompe y utiliza nuevamente esa arcilla para hacer otra obra). El espíritu parece victorioso en cuanto a que la materia se convierte en su servidora en un grado cada vez mayor; sin embargo, el espíritu pierde continuamente al no lograr jamás una victoria final.

Solamente Aquello, el Uno Solitario, obtiene una victoria permanente. Aquello que está más allá del conflicto y que, sin embargo, es la causa del conflicto. Aquello que no es ni espíritu ni materia y, no obstante, es de la esencia de ambos. Aquello de donde emergen tanto la vida como la forma. Aquello a lo cual ambos regresan. Aquello alcanza completamente su meta predeterminada.

El sempiterno conflicto alcanza su máximo en el hombre, pues en él está el campo de batalla sobre el cual empieza a alcanzarse el equilibrio de las fuerzas. En los reinos subhumanos de la Naturaleza, la materia reina y el espíritu está aprisionado. En los reinos suprahumanos, el espíritu reina y la materia está

dominada. La humanidad es, pues, la línea del frente de batalla en este período de la evolución del sistema solar. Puesto que en el hombre arde la batalla más fiera, también en el hombre se logra la máxima proeza.

Los poderes espiritual, intuitivo, e intelectual del triple Logos, por medio de su representación en el hombre, encuentran expresión auto-consciente como acción, sentimiento y pensamiento, respectivamente. A medida que esa expresión se perfecciona, produce orden en los tres mundos más densos. Las fuerzas del Caos se ponen en orden de batalla contra el establecimiento de la ley. Su táctica consiste en tentar al hombre a vivir continuamente una vida personal, en vez de universal; a actuar separadamente con móviles personales, en vez de cooperar para el bienestar del conjunto.

Bajo esta incesante tentación cae el hombre continuamente. Pero como cada caída produce dolor y limitación, este método de ataque resulta contraproducente. El hombre razona sobre las causas del dolor y las limitaciones, y al razonar aprende. A medida que aprende, la tentación a vivir por sí mismo en vez de vivir como parte del conjunto, pierde su poderío sobre él, y alborea en su conciencia la visión de la vida universal.

Entonces se libra más profundamente dentro de él un conflicto entre los aspectos personal y universal de su naturaleza. El aspecto personal, en el que la materia predomina, busca preservarse, engrandecerse, iluminarse. El aspecto universal, en el que el espíritu predomina, busca preservación, engrandecimiento, e iluminación para la vida en conjunto. El Ser interno sabe, aunque al principio el externo no lo sabe, que sólo en esa consumación se alcanza la felicidad perfecta y sin interrupción.

El yo personal externo del hombre, esclavo todavía de la materia, el tiempo, y el espacio (atributos que reflejan en el Caos la trinidad espiritual), busca en las regiones de la acción, el sentimiento y el pensamiento, una satisfacción material temporal y localizada, que como unidad trata de asir, sin compartir con el conjunto. El Ser interno y universal del hombre busca la culminación espiritual, eterna y universal, compartida con todo cuanto vive. Entre estos dos ideales no puede haber componendas, y así otra vez la razón y la experiencia, instructoras del hombre, dan la victoria final al ideal universal.

Lentamente aprende el hombre que las mayores posesiones físicas, emocionales y mentales, ganadas para él solo, desaparecen inevitablemente dejando un rastro de descontento. Gradualmente aprende a buscar tesoros perdurables. Una vez comenzada esa búsqueda está asegurada la victoria del Orden sobre el Caos. La nueva búsqueda atrae poder adicional al Ser impersonal,

y abre canales por los cuales afluye al yo personal. Así llegan refuerzos, disminuye la influencia de la materia, y el oleaje de la batalla se torna en favor del espíritu.

En su constitución, en su meta, y en los medios de alcanzarla, el hombre es un epítome del universo. Puesto que el sempiterno conflicto es el medio de triunfar, puede considerarse a la humanidad como el frente de batalla, el sitio de prueba del universo; de ahí la dificultad de la vida humana. Aunque son grandes las dificultades del hombre, más grande aún, fuera de toda imaginación, es su recompensa. Ganada la batalla, el conquistador esgrime un poder irresistible, entra en la felicidad inefable y mora en sempiterna paz.

CAPÍTULO XVIII

DIOS GEOMETRIZA. SÍMBOLOS ESPIRITUALES EN LOS REINOS MINERAL, VEGETAL, ANIMAL Y HUMANO.

La simetría es una expresión de la unidad de la vida, y de su distribución igual como una esencia omnipresente que penetra todas las cosas. La forma es una expresión de la relación entre la vida y la materia. Todas las formas naturales están configuradas simétricamente.

La esfera es la expresión dinámica más perfecta de la relación de vida a forma. El cubo es su expresión estática perfecta, que girando sobre una de sus puntas produce una esfera, símbolo de la forma y la vida unidas.

La pirámide expresa la evolución de la primera dualidad en una manifestación perfecta. El ápice es el punto primordial, la válvula a través de la cual pasa al universo la vida eterna. Al pasar por ella se somete al acondicionamiento de la materia. Esta corriente hacia afuera es cuádruple y se expresa simbólicamente por los lados que se abren de la pirámide. La base, un cuadro, representa el mundo físico. El ápice, un punto, representa la región manifestada más elevada, la fuente de la existencia. La simetría perfecta de la figura en conjunto expresa la ley perfecta por la cual la vida se manifiesta en formas. Los lados que pueden extenderse infinitamente indican las posibilidades ilimitadas de la evolución de la vida y de la forma.

Vista de esta manera, la pirámide simboliza la verdad que está detrás de la manifestación. Es un símbolo del Tercer Aspecto del Supremo, de la relación entre vida y forma; espíritu y materia.

La vida perfecta en cualquier reino de la Naturaleza expresa esa relación tan completamente como lo hace la pirámide. El mineral está compuesto de cristales formados y arreglados con precisión geométrica. La planta crece conforme a principios geométricos, y su flor es modelada sobre una forma geométrica fundamental como la cruz y la estrella. En su modo de crecer muestra la espiral y el cono.

Por medio de símbolos, la vida vegetal, en su estado natural, retrata a la perfección el principio que rige en su propia existencia, la ley de su ser, que es la que gobierna la relación entre la vida vegetal y la forma vegetal.

En el reino animal, donde hay conciencia grupal, pero todavía no hay conciencia individual completa, hay que lograr la individualidad. Aquí aparecen las modificaciones y las imperfecciones de la forma y, no obstante y a pesar de las imperfecciones, se encuentra un simbolismo completo. La espina dorsal y las patas forman tres lados de un cuadro o paralelogramo, cuyo cuarto lado lo forma la superficie del suelo y las líneas de fuerza que conectan los miembros delanteros y traseros. El cuello y la cabeza que sobresalen, simbolizan el crecimiento resultante del esfuerzo de la vida interna por encontrar nuevos modos de expresión por medio de nuevas formas. Aquel principio que fue la flor en la planta se expresa como la cabeza del animal, y lo que fueron las raíces está ahora simbolizado por las patas, apegadas aún a la tierra pero con movilidad. La espina dorsal y las costillas muestran una cruz de muchos brazos, mientras que el contorno y las secciones transversales de cada hueso indican símbolos fundamentales.

La cabeza del animal, saliente del cuerpo, refleja en forma microcósmica la existencia de conciencia y vida fuera del sistema. Corresponde al ápice de la pirámide, a la válvula por medio de la cual la vida que está más allá puede llegar hasta la vida que mora ya adentro. A medida que el sistema se acerca a la vida que afluye, el animal va estirando su cabeza buscando la experiencia individual, la sensación, el pensamiento y la vida.

Que la materia busca la vida es una verdad fundamental. A pesar de su resistencia siempre evoca la vida, pues esa es su manera de responder al afán evolutivo, el impulso de la voluntad creadora hacia la perfección. En el mineral este impulso aparece como una afinidad química; en la planta, como un crecimiento hacia arriba y como actividad y polaridad sexual; en el animal, como un estiramiento de la cabeza, como instinto sexual, y como una respuesta a la emoción y el pensamiento.

La espina dorsal en los vertebrados es el símbolo físico de la Voluntad Única, directa en su acción y, sin embargo, flexible. En el hombre, la postura vertical y los brazos extendidos forman la cruz que muestra la vida manifestada en la forma. Con los pies separados, los brazos extendidos hacia los lados, y la cabeza y la columna vertebral recta, el hombre traza un pentágono, símbolo de la vida liberada. Este, como ya se dijo, es un símbolo que rige en el reino vegetal, en el cual la vida ha logrado liberarse de la inercia mineral. El hombre, liberado de la instintiva conciencia grupal del animal, y con una individualidad consciente, muestra también el signo de la vida liberada. No inconscientemente como en la planta, ni tampoco en su postura normal, sino solamente cuando abre sus brazos para ayudar a sus hermanos, formando así el signo de la cruz del sacrificio. El

símbolo regio resplandece en el hombre interno cuando el signo del sacrificio aparece en el externo.

CAPÍTULO XIX

DE HOMBRE A SUPERHOMBRE.
EL SÍMBOLO DEL CONO.
LA MENTE OMNIPENETRANTE.

La relación entre la vida y la forma (inconsciente en el mineral, e instintiva en la planta y en el animal) se manifiesta en el Hombre como percepción autoconsciente. Lo que diferencia al hombre de los reinos subhumanos de la Naturaleza, es que en él está completa esta triplicidad. El hombre es el primer logos microcósmico y, por lo tanto, debe aprender ese arte que el Macrocosmos exhibe de manera tan perfecta, de mezclar vida y forma, de manifestar el espíritu por medio de la materia. La tarea del reino humano es perfeccionar la técnica de moldear la materia a voluntad del espíritu. Cumplirla depende de que el hombre reconozca al Supremo como Trabajador Único y Le ofrezca el mínimo de resistencia y el máximo de adaptabilidad a Su actividad.

La perfecta adaptabilidad exige ausencia de inhibición a impulsos interiores que surgen en la conciencia como resultado de la actividad del Supremo. Debe haber entrega completa a esa actividad, un constante escuchar interno y vigilancia para poder captar el propósito del Trabajador Único y llevarlo a cabo. La capacidad para aislarse totalmente del mundo externo y para obrar con desinterés completo, son factores esenciales para establecer una armonía absoluta entre la inteligencia directora Única y la conciencia individual del hombre.

Quien desee elevarse de hombre a superhombre debe aprender a responder libre y continuamente a la iluminación y a la intuición, y dar expresión inmediata y sin trabas a lo que ellas le indican para la conducta de su vida. Debe practicar la ciencia de la auto-iluminación y el arte de la intuición hasta hacerse experto en ambos. La fuente de todos sus actos, el motivo de todo su trabajo, debe venir exclusivamente de aquellas regiones internas de su conciencia donde nacen la iluminación y la intuición.

Logrando esto, el superhombre exhibe el símbolo del cono, el cual es la pirámide con todo lo que ella implica, girando con estabilidad giroscópica sobre un eje central. Al girar, desaparecen líneas y ángulos; el cuadro de la base se convierte en círculo y los dos se hacen uno. Por lo tanto, el cono es el símbolo del arte perfecto de relacionar vida y forma. La fuente, que era el ápice; las fluyentes líneas de vida, que eran los lados; y los mundos materiales, que eran la base, se

han vuelto una sola cosa al girar toda la pirámide en respuesta perfecta a la vida descendente.

El cono, en forma y función, se produce primeramente por el impacto del espíritu sobre la materia. El átomo es en realidad un cuerpo en forma cónica, un vórtice que gira en materia etérea, un embudo que transmite energía.

Los átomos son de dos clases: uno está formado por la energía que fluye hacia afuera, y el otro por el retorno de la misma. El embudo atómico opera automáticamente; el super-humano opera auto-conscientemente, pero con igual perfección.

El sistema solar puede concebirse correctamente como en forma de embudo. En las dimensiones más elevadas se percibe un inmenso cono giratorio. Paradójicamente, la abertura mira en todas direcciones. El eje señala siempre hacia el que lo mira. En las dimensiones inferiores aparecen muchos embudos, que aumentan en número hasta que en el nivel físico cada átomo es un embudo, y todos juntos forman el embudo mayor que es el modo de manifestación de la energía del Supremo.

El sistema solar es, a su vez, parte de un grupo mayor de embudos que juntos conforman una gran unidad, una de muchas, que forman un cosmos. Los cosmos se combinan en aquella unidad última que es y que incluye al conjunto.

La forma de embudo es una manifestación de fuerza del Aspecto Inteligencia del Ser, que todo lo penetra, presente en todo átomo de todo mundo. Se manifiesta individualmente por medio de inteligencias incorporadas de diversos grados de desarrollo. Es un Ser, aunque de una índole incomprensible para el hombre. Es el Pensador del sistema solar; el intelecto guiador de todos los procesos naturales.

Este "Ser" es el Gran Diseñador de todas las formas, que construye los arquetipos sobre los cuales se modelan todas las formas, configurándolas más y más perfectamente como vehículos para la vida. Los arquetipos de un sistema no están separados de su Creador, son manifestaciones objetivas de Su Conciencia; ni tampoco están separados de las formas que evolucionan en sus expresiones materiales. Son los eslabones entre la conciencia del Diseñador y su expresión objetiva en diversas formas, síntesis de la esencia de ambas cosas, manifestaciones modificadas de una intención creadora como la que se expresa en la región intermedia del pensamiento abstracto.

El Gran Diseñador, Arquitecto, Artista y Modelador, omnipresente en todo mundo, es también el Matemático Maestro. Sus arquetipos son ecuaciones, la fórmula de la creación. También es el Químico Maestro, y los elementos químicos,

con sus afinidades y repulsiones, son el producto de Sus experimentos en Su laboratorio solar.

Él es la Mente Omnipresente, el Intelecto Omnipenetrante, el Administrador de la Ley conforme a la cual se cumple el propósito de la existencia.

CAPÍTULO XX

EL MINISTERIO DE LOS ÁNGELES. EL MINISTERIO DE LOS ADEPTOS.

En sus labores a través de los eones, el Supremo, como Padre, Hijo y Espíritu Santo; como Creador, Preservador y Generador de las Formas es ayudado por las huestes angélicas, que desempeñan la tarea dual de activadores de la vida y de constructores de las formas. En todas las cosas vivientes están representados los tres Aspectos del Supremo en diversos grados de auto-conciencia despierta. En el reino mineral están dormidos en lo que se refiere a actividad externa; en el reino vegetal, sueñan; en el reino animal, despiertan, y en el reino humano buscan la auto-conciencia mental. En el Adepto están plenamente desarrollados y en manifestación perfecta.

En los reinos mineral y vegetal las huestes angélicas suministran la auto-conciencia de los tres Atributos aún no despiertos. Los “Ángeles Resplandecientes” de las filas más elevadas se han convertido en perfectas manifestaciones de esos Atributos, los cuales transmiten a través de todas las órdenes subordinadas de ángeles hasta los espíritus de la naturaleza, que auxilian a la adormecida conciencia y ayudan a construir las formas del reino mineral. El poder activador del Supremo obra así por medio de las huestes angélicas sobre la conciencia adormecida en la roca, en el metal y en la piedra preciosa, haciéndolas soñar y ayudándolas a progresar hacia el nacimiento de la auto-conciencia. La jerarquía angélica presta este servicio a través de todas las edades, desde el amanecer mismo de la vida solar y la existencia planetaria, suministrando el eslabón auto-consciente entre la trinidad universal de poder en las regiones superiores de la conciencia, y el aprisionado Dios Trino que duerme inconsciente en el reino mineral.

En el reino vegetal, el resultado de este servicio se hace más evidente que en el reino mineral. La conciencia y la forma vegetal responde mejor a los estímulos que la del mineral. En el mineral la respuesta es casi en su totalidad al aspecto Poder, tanto del Supremo como de las huestes angélicas. La evolución vegetal, que produce sensibilidad, involucra el aspecto Sabiduría, tanto interna como angélica. La influencia de los ángeles del plano emocional se aplica y ocurre el despertar emocional.

En el reino animal, donde la respuesta a los estímulos es aún mayor, la influencia de la mente se aplica a través de la Inteligencia o el aspecto conciencia, tanto de la inmanente como de la angélica. Esta influencia superior, primordialmente desde el plano causal, opera sobre el reino animal por medio de la conciencia grupal, pero dentro de la corriente de vida monádica y los átomos permanentes, e incluye la asistencia angélica al nacimiento de la individualidad.

En estos tres reinos, los espíritus de la naturaleza están especialmente activos, aunque con resultados que difieren considerablemente. Los gnomos del elemento tierra, junto con todas las diversas subdivisiones, razas y tribus de espíritus de la tierra, representan el aspecto Poder del Supremo y de la jerarquía angélica. Este poder lo transmiten y aplican instintivamente en su labor como constructores, bajo la influencia productora de formas de la Mente Universal. La inteligencia Una ordena y dirige sus diversas actividades, mientras que la Voluntad Una las estimula a la acción constante.

Gracias al poder creador de la Voluntad Una, del cual dentro de su reino este orden de huestes angélicas es una manifestación, cada acto suyo contiene una potencia natural productora de formas, y libera una energía activadora cuya influencia está fuera de toda proporción con su inteligencia y su sitio dentro de la evolución. Las construcciones moleculares básicas y las formaciones cristalinas del reino mineral son, en parte, el resultado de la influencia de la energía creadora o poder del Verbo sobre la materia libre y, en parte, de la masa de “poder del pensamiento” de los grupos o tribus de espíritus de la naturaleza. Ese “poder mental”, que es un “relevo” instintivo de la Mente Universal y de los miembros superiores de su jerarquía, es altamente formativo y produce formas en los mundos emocional y etérico. Tales formas son los modelos de los primeros minerales sólidos. Brotan en la conciencia grupal de los espíritus de la naturaleza, proviniendo de la Mente Universal en la que estos modelos existen como arquetipos. Son potencias vivas, fuerzas modeladoras, con cada una de las cuales está asociada una orden de ángeles cuya cuerda o nota vibratoria natural es la del arquetipo.

La preparación y el perfeccionamiento de estos arquetipos ocupan un vasto período de tiempo al comienzo de cada nuevo esquema evolutivo. Durante épocas sucesivas, son proyectados, plano por plano, hacia el mundo material. Esta proyección consiste en lanzar sus energías emitidas en longitudes de onda características sobre la materia de planos sucesivamente más densos. Los ángeles constructores absorben y transmiten la fuerza del Verbo o sonido creador, el cual al golpear la materia de los planos la hace tomar las formas típicas o correspondientes. Esta transmisión del Verbo llama a ciertas órdenes adecuadas

de ángeles constructores y espíritus de la naturaleza a la tarea de ayudar a producir, y luego a perfeccionar, las formas. Al fin se llega al plano más denso, cuya materia con poca capacidad de respuesta asume lentamente la forma deseada.

Es de presumir que sin esta ayuda de las huestes angélicas y espíritus de la naturaleza, el proceso de la creación se llevaría a cabo bajo la operación lenta y automática de la ley de resonancia, pero el tiempo que tomaría sería muchísimo mayor. Se pueden imaginar esquemas de evolución en los que esté ausente esta ayuda, y otros en los cuales se preste con más efectividad. Por lo tanto, es cierto que los procesos de la Naturaleza, estando perfectamente planeados, son perfectos de por sí. Sin embargo, en este planeta al menos, e indudablemente en este sistema solar, el ministerio de los ángeles es una realidad y acelera el cumplimiento del plan divino.

Una vez alcanzada aquella individualidad que es la meta de la evolución animal y que señala el nacimiento del ego humano, el auxilio angélico al reino humano se limita en gran parte a la construcción y el mantenimiento de los cuerpos, y a la construcción y ajuste del mecanismo de la conciencia. El hombre tiene el poder de continuar solo hasta la siguiente fase de su evolución, y ningún agente externo, no humano, puede darle ayuda interior. La diferencia intrínseca de vibración entre un ser humano y un ser angélico es normalmente demasiado grande como para permitir una sincronización interior.

Con el nacimiento de la individualidad, la nota humana distintiva resuena. Aunque los ángeles auxilian en el nacimiento y ayudan a construir y afinar el instrumento, cuando la primera nota de la Mónada humana resuena — positivamente humana, por elección propia — en lo adelante el hombre sólo puede vibrar en sincronía con el hombre. De modo que cuando el ego humano se ha formado, el auxilio espiritual se vuelve responsabilidad de quienes están más adelantados en el sendero de la evolución humana.

Así como durante la evolución eónica del poder, la vida y la conciencia a través de los reinos mineral, vegetal y animal se suministra ayuda, también en el reino humano la infantil humanidad es guiada e inspirada por sus Hermanos Mayores. Durante su infancia en la tierra, los grandes Señores, los elevados Adeptos, con grupos de discípulos, descendieron del planeta Venus para emprender esta tarea. La condición humana se alcanzó a través de la vida animal, y la forma humana bípeda evolucionó por medio de la ayuda angélica, pero faltaba el eslabón del intelecto despierto, esencial para la provechosa expresión del Ser trino recién nacido.

Los señores de Venus eran superhombres que habían completado la evolución mental. Ellos podían, pues, encender en otros el fuego de la mente, plenamente encendido en Ellos. El instrumento mental humano estaba construido con ayuda angélica siguiendo el modelo del arquetipo, pero ninguna música brotaba de la lira de cuatro cuerdas del vehículo mental, pues el ego recién nacido no sabía tañer las cuerdas. Los Señores de la Llama de Venus prestaron una ayuda doble: afinaron la lira de la mente humana en la tierra y, dando la primera nota, despertaron al ego humano al conocimiento del instrumento mental. De ahí en adelante los Instructores Adeptos fueron guiando a la infantil raza y aún la guían. Su Presencia visible, ya no necesaria, se retiró hace mucho tiempo, y desde entonces han estado guiando a la humanidad invisiblemente, excepto por las raras visitas del Señor de Amor como Fundador de las grandes religiones mundiales.

El progreso humano sigue un sendero en espiral, y cuando el ciclo de desarrollo material se acerca a su plenitud, el hombre entra a un nuevo ciclo de crecimiento espiritual en el cual él es espiritualmente “como un niño”. En su niñez espiritual, tal como en su infancia material en lejanos días, recibe ayuda externa, y otra vez ve a su Maestro frente a frente. La guía externa se renueva en el ciclo de desenvolvimiento espiritual y se establece la relación entre discípulo y Maestro.

“Cuando el discípulo está listo, el Maestro aparece”.

L'ENVOI

LA PAZ.

LA BELLEZA.

EL DIOS TRINO.

Pureza, fortaleza, estabilidad, estas tres cosas forman la triple base sobre la cual puede establecerse en el alma una paz incommovible. Paz, serenidad, equilibrio, estas cosas son esenciales para el bienestar del alma. Sin ellas la vida es vana, el triunfo es nulo, el buen éxito un sueño solamente. Sólo en la quietud puede alimentarse el alma, sólo en el silencio puede lograrse la unión. La calma interior proporciona un retiro seguro, un puerto seguro, una defensa inexpugnable contra el ruido externo. Este debe servir como estímulo constante para alcanzar la paz interior.

En las tinieblas de la noche universal nacen los mundos solares. En las tinieblas de la tierra ocurre la germinación de la semilla y el nacimiento de las plantas. En la oscura entraña maternal se forma el cuerpo del niño. De la oscuridad absoluta emergen soles, globos, plantas y hombres a la luz. De ahí en adelante cada uno da su propia luz, encendida en las tinieblas de la noche creadora. Y así también ocurre con la silenciosa iluminación del alma, pues en su significación espiritual, oscuridad y silencio son una misma cosa.

En las tierras de occidente el crecimiento del alma se ve obstaculizado por el bullicio. En el Oriente se entiende el valor del silencio, se conoce el poder de la paz, y allí todavía se puede vivir la vida silente. En Occidente cada alma ha de crear su propio silencio y aprender a morar en él. El ruido destruye la armonía esencial para la belleza del alma; distorsiona el contorno de todas las formas que crecen; destruye su encanto estropeando la "afinidad" entre el modelo arquetípico dado por la Mente Universal, y la forma que ha de evolucionar en el taller del mundo. Las miríadas de fuerzas que el Artista Supremo emplea; los espíritus auxiliares que dirigen el curso de esas fuerzas; las inteligencias grandes y pequeñas, auto-conscientes e instintivas, constructores cósmicos y atómicos, todos estos seres dependen del ritmo, del afinamiento completo, para la perfección de su obra.

La discordia produce fealdad. Pero no las armonías dulces de la vida humana vivida pacíficamente, ni el sonido del trabajo humano, ni la música de las voces, ni el sonido de las herramientas utilizadas en paz y dirigidas por una mente en tranquila quietud con Dios, pues todas estas cosas forman un acompañamiento

grato a la música gozosa del alma. Pero los ruidos artificiales de una vida artificial, los sonidos discordantes de una actividad frenética, febril y no natural, estas cosas producen fealdad y destruyen la paz. Quienes están obligados a vivir en medio de estas condiciones deben aprender a neutralizarlas desarrollando una paz interior firmemente basada en la pureza, la fortaleza y la estabilidad.

No puede haber iluminación espiritual sin silencio, recogimiento y paz interna. Por lo tanto, el aspirante debe ser puro y estable, pues en la pureza y la estabilidad mora la paz.

Aunque la vida eterna es la real y la vida temporal diaria la irreal, quienes quieran hollar el sendero espiritual no están en modo alguno libres de la obligación de hacer soberanamente bella la vida cotidiana y el mundo circundante. Deben considerar la vida como una obra de arte y embellecerla diariamente aún más.

Cada vida humana es parte de una gran obra de arte que el Artista Supremo crea continuamente. La perfección de Su obra depende de la perfección de cada vida humana. Cuando el hombre estropea la vida con la fealdad, la vida del Artista Supremo también sufre. Cuando el hombre se degrada, el Supremo Artista también es degradado, pues no hay sino Una Vida, Un Artista, y Una Obra de Arte.

No puede, por lo tanto, ignorarse la conducta ni descuidarse la ética. La ética es de importancia suprema, pues no puede haber belleza perfecta sin una conducta perfecta, basada en los más nobles ideales éticos. Esta verdad se aplica a todas las cosas en la vida, a las más grandes y a las más pequeñas; al trabajo de una vida, lo mismo que a las rutinas cotidianas; a los setenta años que forman una vida, y a los días y horas sueltos de que consisten esos años.

La belleza es esencial para la libre expresión de la vida. La fealdad la impide. La belleza debe ser manifestada y convertirse en la nota clave de la nueva era. Es la clave de la felicidad, y sin ella la vida fracasa, las civilizaciones se desmoronan, las razas mueren, y los individuos se marchitan y perecen.

La belleza es el evangelio de la nueva era. Para el artista este conocimiento no es nuevo; para el estadista, el educador, el científico, y el sacerdote, es aun apenas un lejano ideal. Estos modeladores de las vidas de las naciones deben aprender a ver la necesidad profunda de establecer la belleza en el centro y en la circunferencia de toda comunidad civilizada. Así las naciones pueden ser llevadas del materialismo a la espiritualidad. La belleza las llevará de la mano. Lo Real es esencialmente bello, y la búsqueda de la belleza será un peldaño para alcanzar la realidad.

La belleza es una manifestación universal de la vida del Supremo, que es omnipresente, la Unidad detrás de la diversidad, la Verdad original y paternal.
